E.T.A. Hoffmann

El mayorazgo

Prólogo de Marisa Siguan

Traducción de Jorge Seca

«En un paisaje duro y baldío, inhóspito, arenoso, se eleva, cercano al mar, el castillo de R…sitten, sede de la familia de R…». Un marco que contiene todos los elementos clásicos de la narración de terror, sitúa al lector de *El mayorazgo* en un horizonte lleno de amenazas y le abre unas expectativas determinadas: la seguridad de asistir a un suceso terrorífico.

Tranquilizado por el sentimiento de sumergirse en la percepción de algo inquietante que no le atañe, el lector se prepara para una aventura emocionante y desafecta, llena de horrores controlados y previsibles. Pero no cuenta con Hoffmann. No cuenta con que muy pronto, al introducirse en la narración, se reducirá al mínimo la distancia entre lector y novela, desaparecerán los límites que a éste le parecían tan evidentes y establecidos entre el mundo real y lo fantástico, entre la cotidianeidad y lo desconocido, entre la realidad controlada y el terror…»

Hoffmann desciende a lo más profundo del ser humano para entender sus acciones y motivaciones. En este relato, en el que se encuentran muchos elementos de la novela gótica, el autor, considerado por Freud como «el maestro sin par de lo siniestro en la literatura», realiza un gran trabajo de profundidad psicológica.

E. T. A. Hoffmann

El Mayorazgo

ePub r1.1
Titivillus 09.11.2019

Título original: *Das Majorat*
E. T. A. Hoffmann, 1817
Traducción: Jorge Seca
Prólogo: Marisa Siguan

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Prólogo

En un paisaje duro y baldío, inhóspito, arenoso, se eleva, cercano al mar, el castillo de R…sitten, sede de la familia de R… Un marco que contiene todos los elementos clásicos de la narración de terror, sitúa al lector de *El mayorazgo* en un horizonte lleno de amenazas y le abre unas expectativas determinadas: la seguridad de asistir a un suceso terrorífico.

Tranquilizado por el sentimiento de sumergirse en la percepción de algo inquietante que no le atañe, el lector se prepara para una aventura emocionante y desafecta, llena de horrores controlados y previsibles. Pero no cuenta con Hoffmann. No cuenta con que muy pronto, al introducirse en la narración, se reducirá al mínimo la distancia entre lector y novela, desaparecerán los límites que a éste le parecían tan evidentes y establecidos entre el mundo real y lo fantástico, entre la cotidianeidad y lo desconocido, entre la realidad controlada y el terror.

En *El mayorazgo*, la aparición de lo terrible es ciertamente previsible. Está implicada en las perspectivas literarias del género, y en el título que Hoffmann dio al conjunto de narraciones del que forma parte: *Nachtstücke (Piezas nocturnas*). Son obras que oponen la noche del abismo interior, de la irracionalidad, del subconsciente, al día, al sol de la razón y justifican la calificación de Hoffmann como romántico. Se publicaron en 1817.

Novalis, un autor romántico que murió en 1801, cuando Hoffmann aún no había empezado a escribir, también escribió en el límite del conocimiento racional humano, también se asomó al abismo y a la noche. Pretendía recuperarlos para la poesía, redimirlos para la realidad por medio del lenguaje mágico del poema, del cuento. Para Novalis, sin embargo, y a diferencia de Hoffmann, el camino a la noche y al abismo era un camino que se realiza en función de la vuelta al día, en función del conocimiento.

El abismo es conjurable, el horror es redimible, propondrá Novalis en sus obras, a pesar de ser un poeta que construyó su propia vida como fragmento alrededor de la noche, de la muerte.

Podríamos imaginar a Hoffmann, funcionario de la justicia prusiana, escritor y músico, sentado frente a Novalis, que era empleado de salinas y poeta, en una conversación ficticia. Hoffmann, de aspecto algo alocado y demoníaco, tal como lo describen sus contemporáneos, miraría con escepticismo, sirviéndose en abundancia ponche caliente, al joven Novalis, de aspecto delicado y frágil.

Ambos hombres representan dos maneras opuestas de representar lo nocturno en la literatura romántica. Pero ambos coincidirían en un aspecto: llevan una vida laboral que está en conflicto permanente con sus intereses privados y artísticos.

En esa discusión imaginaria, Hoffmann podría exponer su desesperada ansia de conciliación entre el mundo de su ejercicio laboral y el de su creación artística. En su caso, la creación artística era variada: comprendía la música, la literatura, el dibujo. Hoffmann le discutiría inmediatamente a Novalis la visión edulcorada del mundo de lo nocturno, negaría la posibilidad de redimir la realidad mediante la palabra poética resuelta en cuento alegórico, negaría la visión propuesta por Novalis de la Edad Media, deudora de unas instituciones que históricamente han demostrado su incapacidad para la redención del ser humano.

Lo fantástico no sobreviene para Hoffmann exclusivamente a partir del mundo del sueño o del cuento, de la alegoría, de lo literario. Lo fantástico está presente en la realidad cotidiana, forma parte de ella como posibilidad amenazadora, como puerta abierta a todas las eventualidades, como sufrimiento de todo tipo, como exponente de las pasiones más ocultas y radicales del ser humano.

Es fácil ver al propio Hoffmann como personaje de espectacular doble vida en el Berlín ordenado y majestuoso en donde escribe sus *Piezas nocturnas*. Hoffmann llega a Berlín en el año 1814 y su misma llegada ya está marcada por la ambivalencia. Por un lado, le llena de alegría llegar a la capital. Por otro, esta llegada supone la vuelta al trabajo como magistrado, el fracaso de sus tentativas de ganarse la vida como músico en Bamberg. Sus estudios de derecho, su carrera en el ámbito de la administración de justicia le habían supuesto desde siempre un trauma, un ganapán necesario que le apartaba de sus intereses reales, artísticos, musicales. «Mis estudios van lentos y tristes, he de obligarme a ser un jurista…», había escrito a su amigo de juventud Hippel mientras estudiaba en Königsberg, en 1795.

Sus inicios laborales habían sido penosos; fue víctima de represalias y trasladado como castigo a la pequeña ciudad polaca de Plock cuando se descubrió que era el autor de una serie de mordaces caricaturas de sus superiores y su entorno. La conquista napoleónica le había dejado temporalmente sin trabajo. Un intento de ejercer su vocación musical y ganarse la vida con ello en Bamberg había acabado resultando un fracaso. De esta «época de oscuridad aqueróntica» es el siguiente «kreislerianum», comentario sobre Kreisler, el personaje literario que Hoffmann construyó como doble de sí mismo: «Él vivía solamente en su arte, y solamente en él caminaba a través de la vida; pero un tiempo fatal y difícil ha tomado al hombre con puño férreo, y el dolor le arranca sonidos que le solían ser extraños».

La llegada de Hoffmann a Berlín en 1814 supone una vuelta al mundo de la justicia, a la par que a la gran ciudad, en condiciones precarias.

Hoffmann pronto se hace notar. De día como magistrado (acaba siendo nombrado miembro titular y por tanto con sueldo), concienzudo, detallista, honrado, que ejerce impecablemente su labor aunque no exactamente en el sentido que se pretende de él. De noche actúa como noctámbulo recalcitrante, bebedor de ponche, asiduo del local Lutter und Wegner o del Café Royal, endeudado hasta el punto de escribir artículos de propaganda para este Café firmados con el pseudónimo de «Kleophas Wenzel,

miembro honorario de las sociedades gastronómicas de Berlín y Pekín», observador implacable de su entorno, músico y escritor. Entra en relación con miembros de la segunda generación de románticos, con Brentano, Chamisso y el barón de la Motte-Fouqué, autor del texto para la ópera *Undine*, que compone Hoffmann.

Undine fue estrenada en el Neue Schauspielhaus con espectaculares decorados del arquitecto y pintor Schinkel, tuvo un inmenso éxito y elevó inmediatamente a la fama a su compositor. Sin embargo, también este episodio de éxito en la vida del autor esconde un doble rostro inquietante: tras las primeras representaciones, se incendió el recién construido teatro, y el fuego lo consumió prácticamente hasta sus cimientos. Una vez asegurado que el fuego no se expandía a los edificios vecinos, el inmenso incendio se convirtió en un espectáculo al que asistió todo Berlín; Hoffmann, que vivía enfrente del teatro, tuvo un puesto privilegiado para observarlo. Con el incendio desaparecieron los decorados y se interrumpió obligadamente la representación de la obra. El suceso bien podría formar parte de una de sus obras, de hecho en ellas la presencia amenazadora de incendios, fuegos o fuegos de artificio es frecuente.

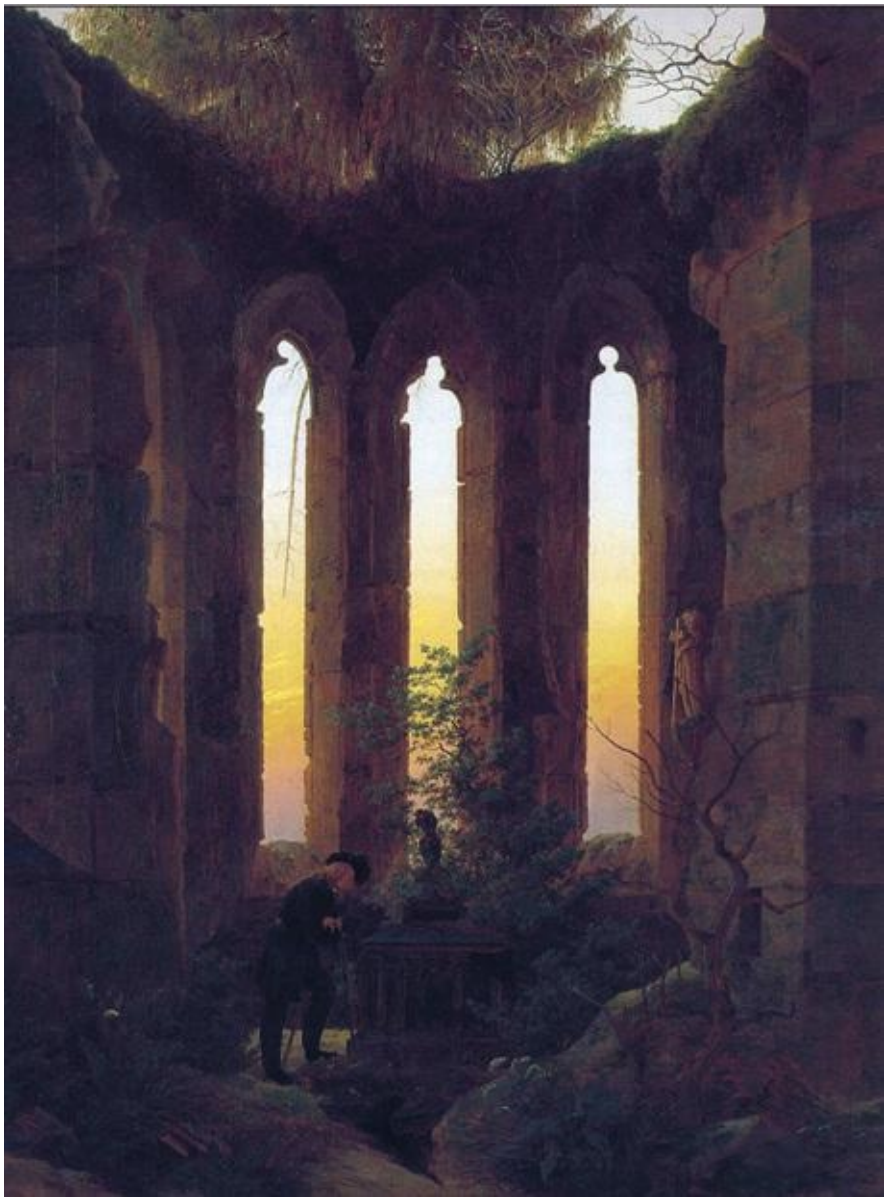
A estas alturas, Hoffmann era ya una celebridad berlinesa. Un hombre público que, como tantos de sus personajes, llevaba una existencia desdoblada. Su actitud ácida, satírica, como dibujante y escritor, servía de respuesta a la percepción del fragilísimo suelo de apariencias morales sobre el que se movía la sociedad de su época, vehiculizaba la percepción del abismo.

Los historiadores de la literatura, empeñados en poner a los autores en casillas, siempre han tenido dificultades con Hoffmann. Se le sitúa entre Romanticismo y Realismo, como representante del «Romanticismo Negro», como escritor que anticipa elementos descriptivos del Realismo. Como siempre en estos casos, las casillas encorsetan al autor reduciendo las posibilidades de interpretación de su obra. Hoffmann es todo lo propuesto y más. Es él mismo, con una percepción del mundo anclada en el Romanticismo en algunos de los rasgos más modernos y perdurables que el Romanticismo tiene para nosotros. Entre esos rasgos estaría la experiencia de la fragmentación y de la ambivalencia de una realidad que ya no se puede definir como algo claro y unívocamente perceptible; estaría la percepción de los abismos de nocturnidad del alma. Como Novalis, también Hoffmann levanta el velo del saber y pone en relación arte, belleza y terror. «Te mueves sobre una fina capa de hielo», advierte el anciano y equilibrado tío al joven e inexperto protagonista de *El mayorazgo*, apasionadamente enamorado.

El mayorazgo describe dos experiencias de una misma realidad: la equilibrada, externa, pero activa, del anciano y la implicada, apasionada, nocturna, del joven. Y más allá del final conciliador, de la superación vital del conflicto en cierto modo iniciático para el joven, ambas perspectivas continúan su diálogo: el lector, la lectora, se convierten al leer en personajes implicados en una historia nocturna, donde dominan los negros y grises, la pasión y la música, que constituye el único descanso

emocional concedido a los personajes. La estructura de perspectivas y la trama de historias narradas, en cierto modo una estructura de contrapunto narrativo, que también remite a la música, nos arrastra hacia un desenlace cerrado, ciertamente, pero donde continúan vibrando las voces del diálogo no resuelto, irresoluble, que cada lector ha de concluir por sí mismo.

Marisa Siguan



Caspar David Friedrich, La tumba de Hutten

El mayorazgo

A orillas del Báltico se encuentra la casa solariega de la noble familia von R., conocida como mansión R[1]. El paisaje es inhóspito y yermo; apenas brota la hierba entre las inmensas arenas movedizas, y en lugar del jardín que suele adornar las casas señoriales, se concentra junto a las desnudas murallas del lado que mira a tierra un mísero pinar cuyo eterno y sombrío luto desprecia las galas y colores de la primavera y en el que en lugar del júbilo feliz de los pajarillos que despiertan al nuevo deseo de vivir, tan sólo retumba el lúgubre graznido de los cuervos, el grito chillón de las gaviotas que anuncian las tormentas. A un cuarto de hora de aquí la naturaleza se transforma repentinamente. Como por arte de magia nos vemos transportados a un mundo de campos floridos y de tierras y prados fértiles. Divisamos el pueblo, grande y rico, con la espaciosa vivienda del inspector. Al otro extremo de un agradable bosquecillo de álamos pueden verse los cimientos de un gran palacio que uno de los antiguos propietarios tenía pensado construir. Sus sucesores, instalados en sus propiedades en Curland[2]2, abandonaron la construcción, e incluso el barón Roderich von R. si bien fijó su residencia en la casa de sus padres no quiso seguir construyendo ya que a su naturaleza huraña y sombría le convenía mejor la estancia en la vieja y solitaria mansión. Hizo reparar el edificio en ruinas de la mejor manera y se encerró en él con un mayordomo melancólico y unos pocos criados. Rara vez se le veía por el pueblo. En cambio paseaba y cabalgaba a menudo por la playa. Desde la distancia parecía que hablara a las olas y escuchara con atención los bramidos y borboteos del oleaje, como si percibiera la respuesta o la voz del espíritu del mar.

En la parte más alta de la atalaya se había hecho instalar un gabinete provisto de telescopio y toda clase de aparatos astronómicos. De día, con la mirada puesta en el mar, observaba los barcos que, semejantes a aves marinas de blancas alas, sobrevolaban el lejano horizonte. En las noches estrelladas se distraía en una labor de astrónomo, o si se prefiere, de astrólogo, asistido por su viejo mayordomo. De su vida corría la leyenda de que se había entregado a las ciencias ocultas, a la denominada magia negra, y de que se vio obligado a abandonar Curland, desterrado, tras un experimento fallido a consecuencia del cual había enfermado toda una familia de la casa real. La sola mención de su anterior lugar de residencia le llenaba de espanto. Sin embargo, culpó a sus antecesores de todas las desgracias que habían ocurrido en su vida, incluida aquélla, por abandonar malintencionadamente la cuna de los antepasados. En adelante y con el fin de encadenar a la mansión cuando menos al heredero, decidió convertir esta propiedad en mayorazgo. El soberano aprobó de muy buen grado esta institución por cuanto ganaba para la patria a una familia rica y de virtudes caballerescas cuyas ramificaciones alcanzaban incluso al extranjero. Ni el hijo de Roderich, Hubert, ni tampoco el actual señor del mayorazgo, llamado

Roderich como su abuelo, quisieron habitar a pesar de todo la mansión y permanecieron ambos en Curland. Por fuerza había de creerse que ellos, de carácter más alegre y vital que su sombrío antecesor, detestaban también la espantosa soledad del lugar. El barón Roderich tenía dos tías ancianas y solteras, hermanas de su padre, que disponían de muy escasos recursos y vivían pobremente. Les concedió vivienda y sustento en la mansión. Se alojaban con una criada entrada en años en los pequeños y abrigados aposentos del ala adyacente del edificio. Aparte de ellas y del cocinero, que ocupaba una gran sala de la planta baja junto a la cocina, sólo era posible escuchar, en los salones y piezas de altos techos del edificio principal, el paso vacilante de un decrépito montero que hacía las veces de mayordomo. El resto de la servidumbre vivía en el pueblo, en casa del inspector. Únicamente a finales de otoño, cuando comenzaban a caer las primeras nieves y llegaba el tiempo de la caza del lobo y del jabalí, el sombrío y abandonado palacio recobraba nueva vida. Entonces llegaban de Curland el barón Roderich y su esposa acompañados de numerosos parientes y amigos y de toda una comitiva de caza. También acudía la nobleza de la vecindad e incluso los cazadores de la cercana villa. Los salones de la mansión apenas podían acoger al torrente de huéspedes. En todas las chimeneas crepitaban las llamas de hermosos y nutridos fuegos; desde el alba hasta bien entrada la noche zumbaban los asadores. Todos, señores y criados, subían y bajaban por las escaleras continuamente, en medio de un feliz bullicio. Por acá el brindar de las copas y las alegres canciones de caza, por allá los pasos de gente bailando al compás de una música estridente, por todas partes expresiones de júbilo y carcajadas y así, durante un tiempo que oscilaba entre cuatro y seis semanas, el palacio tenía más de magnífico albergue situado en un camino transitado que de residencia de un noble señor. El barón Roderich dedicaba este tiempo, en la medida de lo posible, a asuntos de importancia. Apartándose del torbellino de invitados cumplía con los deberes de su mayorazgo. No sólo hacía el cálculo detallado de los ingresos sino que escuchaba con atención toda propuesta de mejora, y atendía hasta la menor de las quejas de sus vasallos e intentaba poner orden y paliar toda iniquidad desde su posición de señor y juez. En estas tareas le asistía honradamente el viejo abogado V.[3], descendiente de una familia que, en transmisión hereditaria de padres a hijos, se dedicaba a llevar la administración de la mansión de los R. Era además consultor jurídico de las propiedades situadas en P. Por este motivo, V. solía partir hacia el mayorazgo ocho días antes de la fecha fijada para la llegada del barón. Corría el año 179… y había llegado el momento en que el viejo V. debía emprender viaje hacia la mansión R. A pesar de sentirse fuerte y sano, el viejo, con sus setenta cumplidos, debió pensar que le vendría bien alguien que le echara una mano en sus tareas. Así que un buen día me dijo como si se tratara de una broma:

—¡Tocayo! —así me llamaba a mí, su resobrino, ya que llevaba su mismo nombre[4]—, ¡tocayo!, he pensado que te hace falta un soplo de brisa marina, así que podrías venirte conmigo a R. Además de serme de gran ayuda en algunos asuntos molestos, podrás introducirte también en la impetuosa vida del cazador y ser testigo

de cómo a una mañana escribiendo delicados protocolos le sigue una jornada de caza, con la oportunidad de contemplar alguna bestia soberbia, algún terrible lobo de larga pelambre o algún jabalí de insinuantes colmillos. Y ante la mirada centelleante de la bestia quizás te prestes a disparar y a matarla de un certero escopetazo.

No necesitaba de los numerosos y fantásticos relatos sobre las temporadas de caza en R. ni tampoco del gran afecto que de todo corazón sentía por mi tío abuelo para llenarme de alegría el hecho de que, esta vez, quisiera llevarme consigo. Bastante experimentado ya en la clase de asuntos que le llevaban allí, le prometí expresamente ahorrarle todos los esfuerzos y trabajos pesados. Al día siguiente, sentados en el carruaje y envueltos en recias pieles, nos dirigimos hacia la mansión R. en medio de una espesa tormenta de nieve anunciadora del invierno entrante. De camino me contó el viejo algunas anécdotas curiosas sobre el barón Roderich, el fundador del mayorazgo, quien, a pesar de su juventud, le había nombrado su consultor jurídico y albacea. Habló también del carácter rudo y colérico que tenía el antiguo señor y que parecían haber heredado todos los miembros de la familia porque incluso el actual señor del mayorazgo, a quien había tenido de joven por pacífico, débil más bien, iba adoptando de año en año ese carácter. Me indicó que debía mostrarme osado e imparcial para ganarme el aprecio del barón y acabó describiendo las estancias del palacio donde se hospedaba y que había elegido él mismo desde un principio porque eran cálidas, cómodas y tan apartadas de las demás que siempre que quisiéramos podríamos sustraernos sin dificultad al frenético alboroto de la fiesta. Allí le tenían preparado cada vez su aposento, que consistía en dos pequeñas habitaciones recubiertas de cálidos tapices, justo al lado del gran salón de audiencias y en el ala lateral, situado enfrente del que habitaban las dos ancianas.

Por fin, tras un rápido pero penoso viaje llegamos a R. ya entrada la noche. Estábamos atravesando el pueblo. Era un domingo; en la posada se escuchaba una música de baile y grandes exclamaciones de alegría. La casa del inspector estaba completamente iluminada y dentro también se oía música y canto. Esta circunstancia hizo aún más terrible la soledad en la que nos adentrábamos ahora. La brisa aullaba por todas partes con un tono penetrante, semejante a un lamento y, como despertando de un profundo embrujo, suspiraban los sombríos pinos con una queja ahogada. Las desnudas y oscuras murallas del palacio surgieron de la tierra nevada. Nos detuvimos ante el portón cerrado. Los gritos, el restallar del látigo, los aldabonazos y golpes resultaban inútiles. Todo parecía desierto, no había una sola luz en ninguna de las ventanas. El viejo hizo resonar su potente y amenazadora voz:

—¡Franz, Franz! ¿Dónde demonios os escondéis? ¡Venga, moveos! ¡Nos estamos helando en la puerta! ¡La nieve nos está acuchillando el rostro! ¡Por todos los diablos, moveos!

Entonces comenzó a ladrar un mastín y vimos oscilar una luz en la planta baja. Oímos ruido de llaves y enseguida rechinaron las pesadas hojas del portón.

—¡Ah! ¡Bienvenido! ¡Bienvenido, señor procurador!, ¡ah, qué tiempo tan desagradable! —así exclamaba el viejo Franz alzando el quinqué de tal manera que toda la luz caía sobre su arrugado rostro en el que se dibujaba extrañamente una amable mueca sonriente. El carruaje entró en el patio, nos apeamos, y entonces pude contemplar entera la curiosa figura del viejo criado, enfundado en una ancha y anticuada librea de cazador extraordinariamente ataviada con numerosas trenzas. Sobre la amplia y blanca frente le caían dos mechones grises; la parte inferior de su rostro tenía el color robusto propio de los cazadores y, a pesar de las arrugas que deformaban su rostro dándole un aspecto casi misterioso y novelesco, su expresión era en conjunto conciliadora debido a esa bondad un tanto cándida que desprendían sus ojos y su boca.

—Y bien, querido Franz —comenzó a decir mi tío en la antecámara mientras se sacudía la nieve del abrigo de piel—, y bien, querido Franz, ¿está todo listo?, ¿se les ha quitado el polvo a los tapices?, ¿se han dispuesto las camas y calentado mis estancias como es debido?

—No —replicó Franz impasible—, no, distinguido señor procurador, no ha sido posible.

—¡Por Dios! —exclamó mi tío en un tono colérico—, escribí con suficiente antelación y siempre llego en la fecha anunciada; ¡y que tenga que alojarme ahora en unos aposentos helados, vaya torpeza!

—Sí, distinguido señor procurador —continuó hablando Franz al tiempo que, con sumo cuidado y valiéndose de las despabiladeras, cortaba un trozo de mecha llameante y lo extinguía pisándolo—, sí, mire usted, todo eso, en especial lo referente a la calefacción, no habría servido de mucho pues el viento y la nieve penetran a través de los cristales rotos y…

—¿Cómo? —le interrumpió mi tío, sacudiéndose muy despacio el abrigo y poniendo los brazos en jarras—. ¿Cómo?, ¿los cristales están rotos y vos, el mayordomo de la casa, no habéis ordenado repararlos?

—Sí, distinguido señor procurador —prosiguió el anciano tranquilo e impasible —, sólo que apenas se puede entrar a causa de la cantidad de escombros, piedras y ladrillos amontonados en las habitaciones.

—¿Cómo entran, por todos los santos, escombros y piedras en mis aposentos? —gritó mi tío abuelo.

—Salud, señorito —dijo el anciano alzando la voz e inclinándose cortésmente al haber estornudado yo, pero añadiendo acto seguido—: Se trata de las piedras y de la cal de la pared divisoria que se vino abajo debido a la gran sacudida.

—¿Habéis tenido un terremoto? —le espetó mi tío con una risa airada.

—Nada de eso, distinguido señor procurador —replicó el anciano, dibujándose en su cara una amplia sonrisa—, sino que hace tres días se desplomó con un violento estruendo el pesado artesonado del techo del salón de audiencias.

—¡Maldita sea! —Mi tío, que era por naturaleza arrebatado e irascible, iba a soltar un juramento, pero se contuvo de repente mientras alzaba la mano derecha y se quitaba con la izquierda la gorra de piel de zorro. Se volvió hacia mí y dijo en voz alta echándose a reír—: ¡De veras, tocayo! Mejor cerrar el pico y no preguntar nada más, de lo contrario acabará por contarnos otras desgracias mayores o la mansión entera acabará por derrumbarse sobre nuestras cabezas. Pero —prosiguió girándose hacia el viejo—, pero Franz, ¿no fuisteis lo suficientemente sensato como para ordenar que limpiaran y calentaran otra estancia para mí? ¿No preparasteis alguna sala del edificio principal para la audiencia?

—Todo eso sí ha sido posible —dijo el viejo señalando amablemente la escalera y comenzando a subir seguidamente.

—¡Hay que ver qué tipo tan raro! —exclamó mi tío mientras seguíamos al viejo. Andábamos a través de largos corredores de elevadas bóvedas. La trémula luz de Franz arrojaba extraños reflejos en la densa penumbra. Columnas, capiteles y arcos iban apareciendo como flotando en el aire; nuestras sombras progresaban gigantescas a nuestro lado y las curiosas formas que se deslizaban rápidas por las paredes parecían temblar y balancearse. Era como si sus voces murmuraran con el eco vibrante de nuestros pasos: «¡No nos despertéis, no despertéis al mundo encantado que duerme entre estas viejas piedras!». Por fin, tras atravesar una serie de frías estancias oscuras, abrió Franz la puerta de un salón bien iluminado por el fuego de una chimenea que nos acogió con su alegre crepitar como si estuviéramos en nuestra propia casa. Fue entrar y sentirme de golpe animado; sin embargo, mi tío se quedó parado en medio del salón, miró a su alrededor y dijo en un tono serio, casi solemne:

—¿Es aquí donde se va a impartir justicia?

Franz, elevando el quinqué en dirección a una amplia pared de tono oscuro en la que saltaba a la vista una mancha clara, del tamaño de una puerta, dijo con voz ronca y dolida:

—¡Ya se hizo justicia en este lugar!

—¡Qué cosas se os ocurren, viejo! —exclamó mi tío despojándose de la chaqueta y acercándose al fuego.

—Me ha salido así, sin querer —dijo Franz. Encendió las velas y abrió la habitación contigua que había sido preparada de manera acogedora para nuestra llegada. Unos instantes después la mesa estaba servida delante de la chimenea. El viejo trajo varias fuentes exquisitas a las que siguió una copa rebosante de ponche caliente[5], preparado al auténtico estilo del norte y que tanto a mi tío como a mí nos apetecía de buen grado. Cansado del viaje, el viejo, terminada la cena, se fue a acostar. La novedad, la rareza del lugar, e incluso el ponche, habían excitado demasiado mi alma como para pensar en dormir.

Franz retiró la mesa, avivó el fuego y se despidió con una amable reverencia.

Me encontraba pues solo, sentado en la espaciosa y alta sala de ceremonias. La nieve había dejado de arremolinarse y la tormenta había cesado de silbar dando paso

a un cielo despejado. La luz resplandeciente de la luna llena penetraba a través de las ventanas arqueadas iluminando mágicamente todos los oscuros rincones de aquella singular construcción, adonde no llegaba la débil luz de las velas ni de la lumbre. Tal como todavía es posible encontrar en las viejas mansiones, los muros y el techo de la sala aparecían adornados a la antigua usanza, aquí con un sólido artesonado, allí con pinturas fantásticas y con doradas tallas policromadas. De los grandes retablos que, en su mayoría, representaban escenas sangrientas de la caza del oso y del lobo por una multitud delirante, sobresalían en relieve algunas cabezas de hombres y animales talladas en madera y colocadas sobre los cuerpos pintados de tal manera, que el conjunto, gracias al reflejo de las llamas y al resplandor centelleante de la luna, adquiría una siniestra verosimilitud. Entre estos retablos estaban colgados los retratos de caballeros, a tamaño natural, con sus atuendos de cazador, avanzando con solemnidad sobre sus monturas. Se trataba probablemente de los antepasados de la familia, aficionados a la caza. Tanto las pinturas como las tallas mostraban esa tonalidad oscura que el paso del tiempo imprime en las cosas. Por esta razón resultaba aún más llamativa la mancha clara de cal en la misma pared que daba acceso a las habitaciones contiguas a través de dos puertas; evidentemente se trataba de una antigua puerta que fue tapiada y que nadie se había preocupado en disimular con las pinturas o los adornos del resto de la pared. ¿Quién no conoce el misterioso poder que se adueña del espíritu cuando nos alojamos en un lugar insólito y extraño? Incluso la fantasía más apática despierta de su sueño indolente en medio de un valle rodeado de impresionantes peñascos o entre los sombríos muros de una iglesia. Si a esto añado el hecho de que tenía veinte años y de que había bebido varias copas de ponche se comprenderá entonces el estado de ánimo en que me encontraba en aquella sala.

Piénsese en el silencio y en la paz de la noche donde el bramido sordo del mar y el extraño silbar del viento reproducían los tonos de un armonio que fuera tocado por algún espíritu; las fugitivas nubes, claras y resplandecientes, parecían gigantes que pasaran rozando y miraran a través de las temblorosas ventanas arqueadas.

Por fuerza tenía que sentir en ese suave estremecimiento que se agitaba en mí que un mundo extraño podía hacerse visible y perceptible en cualquier momento. Sin embargo, esta sensación escalofriante se parecía a la que se siente en los relatos de aparecidos cuando la narración está contada vivamente, sensación que es, también, placentera. En ese momento se me ocurrió que aquélla era la atmósfera más propicia para leer el libro que llevaba yo en el bolsillo, como uno más de tantos admiradores entregados al romanticismo en aquella época. Era *El Visionario* de Schiller[6]. A medida que leía, se iba enardeciendo mi fantasía. Llegué al pasaje del banquete de bodas del conde de V., contado con una magia extraordinaria. En el preciso instante en que hace su aparición el espectro ensangrentado de Jerónimo, se abre de repente, dando un golpe violento, la puerta que conducía a la antecámara. Me levanto aterrorizado, el libro se me cae de las manos… Pero en ese mismo instante todo

vuelve a la calma y me avergüenzo de mi terror infantil. «Probablemente una corriente de aire ha abierto la puerta de esa manera. No es nada. Mi imaginación, sobreexcitada, transforma cualquier fenómeno natural en sobrenatural». Alentándome de ese modo, recojo el libro del suelo y me siento de nuevo en el sillón. Entonces se oyen suaves y lentos unos pasos comedidos a través de la sala, y entre paso y paso suspiros y gemidos, y en ese suspirar y gemir podía reconocerse el más profundo de los sufrimientos humanos, el dolor más inconsolable. «¡Ah, bueno! debe tratarse de algún animal enfermo encerrado abajo». Ya conocemos la ilusión acústica de la noche que nos hace parecer cercanos los sonidos distantes. «¿Por qué asustarse por algo así?». Con estos pensamientos me doy ánimo nuevamente, pero de pronto se escuchan como arañazos en la pared tapiada acompañados de otros suspiros más claros, más profundos, terribles como la agonía de un moribundo. «El pobre animal debe de estar encerrado. Ahora hablaré en voz alta, daré unas patadas fuertes en el suelo y en seguida volverá todo a la calma o se podrá escuchar al animal con mayor claridad y naturalidad». Eso es lo que pienso, pero la sangre se me coagula en las venas. Un sudor frío recorre mi frente. Horrorizado permanezco sentado en el sillón sin atreverme a levantarme y menos aún a abrir la boca. Por fin cesan los horribles arañazos. Se vuelven a percibir las pisadas. Siento de pronto como si volviera a la vida, doy un salto y avanzo unos pasos. Una fría corriente de aire pasa a través de la sala y en ese mismo instante la luna arroja su brillo claro sobre la imagen de un hombre de aspecto muy serio, casi lúgubre. Como en un murmullo, por entre el bramido de las olas y el silbar del viento, escucho con toda claridad su voz admonitoria:

—¡No sigas! ¡No sigas o caerás en el espantoso abismo de los espíritus!

La puerta se cierra con el mismo golpe seco de antes. Escucho perfectamente las pisadas en la antecámara, escaleras abajo. Se abre la puerta principal de la mansión con un ruido áspero y vuelve a ser cerrada con llave. Entonces parece como si alguien sacara un caballo del establo y al poco rato lo volviera a entrar. ¡Luego todo queda en calma! En ese mismo instante escuché a mi tío suspirar y lanzar quejidos angustiados en la habitación contigua. Esto me hizo volver en mí. Cogí el candelabro y entré corriendo. El viejo parecía estar luchando con una terrible pesadilla.

—¡Despierte! ¡Despierte! —le grité cogiéndole suavemente de la mano y alumbrando su rostro con las velas. Mi tío dio todavía un grito ahogado, luego abrió los ojos, me miró con una sonrisa y dijo:

—¡Has hecho bien en despertarme, tocayo! ¡Ay! estaba metido en un sueño horrible y todo por culpa de esta habitación y de la sala de al lado que han hecho que recordara el pasado y los extraños sucesos que acontecieron aquí. ¡Pero venga, durmamos ahora como Dios manda!

Diciendo esto se tapó con la manta y pareció volver a dormirse. Después de apagar las velas y echarme en la cama, oí al viejo rezar en voz baja.

Por la mañana comenzó el trabajo. El inspector vino con las cuentas y algunas personas se anunciaron para solventar algún pleito o emprender una causa judicial. Al mediodía fuimos mi tío y yo al ala adyacente a presentar nuestros respetos en toda regla a las dos ancianas baronesas. Franz nos anunció. Tuvimos que esperar algunos instantes hasta que una viejecita de unos sesenta años, encorvada y vestida con sedas de colores, que se hacía llamar primera doncella de sus señorías, nos condujo al reliquiario. Allí nos recibieron ceremoniosamente las viejas damas, ataviadas de manera extravagante con prendas muy anticuadas. Especialmente yo fui objeto de su admiración cuando mi tío, con mucho humor, me presentó como a un joven abogado que le asistía en sus trabajos. Las muecas de sus rostros expresaron un cierto temor. Veían peligrar los bienes de los servidores de la mansión de R., si eran confiados a mi juventud. Toda esta escena con las ancianas tenía mucho de ridículo; sin embargo, el terror de la noche anterior todavía me hacía temblar produciéndome escalofríos. Me sentía como tocado por un poder desconocido, o se trataba más bien como si estuviera al borde de un abismo circular del que sólo me separara un paso para saltar y caer sin salvación. Era también como si sólo reuniendo todas mis fuerzas en un supremo esfuerzo, pudiera protegerme de ese terror que únicamente suele ceder cuando es ya incurable la locura. De esta manera, hasta las ancianas baronesas con sus extraños y pingorotudos peinados, con sus voluminosos y extravagantes vestidos engalanados con flores y cintas de colores, en lugar de ridículas me parecieron totalmente siniestras y fantasmales. Todos sus rasgos me resultaban sospechosos: sus viejas caras amarillentas y arrugadas, sus parpadeantes ojos, su mal francés, gangoso y pronunciado a través de sus azulados labios agrietados y de sus puntiagudas narices. Me parecía verlas a las dos en buenos tratos con ese ser inquietante, con esa aparición fantasmal que deambulaba por la mansión. Incluso podrían estar tramando algo aniquilador y terrible, pensé. Valiéndose de la ironía, mi tío, de buen humor y en vena con sus bromas, enredaba a las ancianas con los chismes más peregrinos. En otro ambiente y con otro estado de ánimo no habría sabido yo cómo contener la más desenfrenada de las carcajadas ante una escena así, pero como ya he dicho, las baronesas con toda su verborrea eran y seguían siendo fantasmales, y el viejo, que quería depararme una diversión especial, me miraba sorprendido una y otra vez. Después de comer y nada más encontrarnos solos en nuestras estancias estalló:

—¡Pero por Dios, tocayo!, ¿qué te ocurre? No ríes, no hablas, no comes, no bebes, ¿estás enfermo?, ¿te duele algo?

No vacilé un solo instante en contarle detalladamente todos los sucesos horripilantes de la pasada noche. No silencié nada, ni siquiera que había bebido mucho ponche y que me encontraba leyendo *El Visionario* de Schiller.

—He de confesar esto último —añadí—, pues sólo así podrá creerse que mi fantasía sobreexcitada fuera capaz de crear todas esas apariciones, todos esos fenómenos que sólo existían en el interior de mi mente.

Pensé que mi tío abuelo se burlaría del relato de mis visiones con pesadas bromas. Pero ocurrió todo lo contrario. Se puso muy serio, fijó la vista en el suelo, luego alzó la cabeza con un movimiento rápido y dijo mirándome con la mirada encendida de sus ojos:

—No conozco tu libro, tocayo. Sin embargo, ni su alma ni la del ponche tienen que ver con esa otra ánima. Has de saber que yo soñé lo mismo que tú viviste. En mi sueño estaba yo sentado en el sillón junto a la chimenea, como tú, pero lo que a ti se te manifestó por sonidos, lo pude ver yo claramente con los ojos del espíritu. Sí, vi entrar a ese extraño ser, lo vi arrastrarse desfallecido hacia la puerta tapiada y observé la desesperación con la que se puso a arañar la pared hasta que la sangre le empezó a manar por entre las uñas. Luego bajó la escalera, sacó el caballo del establo y lo volvió a entrar más tarde. ¿Oíste cantar al gallo a lo lejos, en algún corral del pueblo? Entonces me despertaste y pude librarme de ese espectro humano y repugnante que aún osa llenar de espanto nuestra alegre vida.

El viejo interrumpió su relato. Yo no quise preguntar nada pensando que me explicaría todo cuando lo creyera conveniente. Transcurridos unos instantes de profundo ensimismamiento prosiguió:

—Tocayo, ¿tienes el suficiente valor, ahora que conoces todo lo que sucede aquí, para enfrentarte al espectro, conmigo?

Como era natural le expliqué que me sentía en ese momento dispuesto a todo.

—Entonces —continuó diciendo—, velaremos juntos esta noche. Algo me dice en mi interior que ese espíritu maligno retrocederá no tanto ante mi autoridad espiritual como ante la valentía que me infunden la fe y la confianza. No es ninguna frivolidad sino una obra piadosa y valiente pretender con todas mis fuerzas exorcizar a ese espectro maligno que expulsa a los hijos de la mansión de sus antepasados. Tampoco se trata de ningún acto heroico. Únicamente la honradez y la fe piadosa que poseo hacen al verdadero héroe. Pero si fuera voluntad de Dios que el poder maligno me alcanzara, anuncia entonces que caí en lucha honrada y cristiana con el espíritu infernal que anda perturbando nuestra paz. Y tú, ¡mantente lejos! ¡Y no te ocurrirá nada!

Ocupados en diversos y distraídos quehaceres llegó la noche. Lo mismo que el día anterior, Franz, después de recoger la mesa, nos sirvió el ponche. La luna llena aparecía nítida a través de las brillantes nubes, las olas del mar rugían y silbaba el viento de la noche haciendo temblar los cristales de las ventanas arqueadas. Nos obligábamos a conversar sobre cualquier tema, tal era nuestra excitación interior. Mi tío había puesto su reloj con carillón sobre la mesa. Dio las doce. Entonces se abrió de repente la puerta con un espantoso estruendo y, como la víspera, fueron perceptibles el andar lento y comedido a través de la sala y los suspiros y gemidos. El viejo palideció, pero su mirada irradiaba un fuego desacostumbrado. Se levantó del sillón. Erguido en todo su porte, el brazo izquierdo en jarra y el derecho completamente extendido hacia el centro de la sala, parecía un héroe soberbio. Los

suspiros y gemidos eran cada vez más fuertes y comenzaron a escucharse los arañazos en la pared, resultando aún más horribles que la noche anterior. El viejo dio unos pasos en dirección a la puerta tapiada. Su pisar era tan rotundo que retumbaba el suelo. Muy cerca del lugar donde se escuchaban con mayor claridad los arañazos se detuvo y habló en un tono seco y solemne, como jamás le había oído yo:

—¡Daniel, Daniel! ¿Qué haces aquí a estas horas?

Entonces se escuchó un grito horrible y un sonido ahogado como cuando se desploma una carga al suelo.

—¡Busca la paz y la piedad ante el trono del Altísimo, ése es tu mundo y no éste al que ya nunca podrás pertenecer!

Así gritó el viejo con una voz todavía más potente que antes y entonces se escuchó como un lamento sostenido y suave que se elevara por los aires y muriera en los bramidos de la tormenta que comenzaba a levantarse. El viejo se acercó a la puerta y la cerró con un golpe fuerte que se repitió como un eco por la desierta antecámara. En su forma de hablar y en sus gestos había algo de sobrehumano que me llenaba de un profundo horror. Cuando se sentó en el sillón tenía la mirada transfigurada. Juntó las manos y comenzó a rezar para sí. Así pasaron tal vez algunos minutos y entonces preguntó con esa dulce voz tan propia de él y que penetraba profundamente en el corazón:

—¿Y bien, tocayo?

Agitado por el miedo, el terror, la angustia, y colmado de veneración y amor divino, caí de rodillas y bañé con lágrimas calientes la mano que me extendió. El viejo me rodeó con sus brazos y estrechándome entrañablemente contra él, me dijo suavemente:

—¡Y ahora vayamos a dormir tranquilos, querido tocayo!

Así hicimos, y al no notar nada inquietante la siguiente noche, volvimos a recuperar la serenidad perdida para desgracia de las viejas damas que, aunque de hecho continuaban siendo un poco fantasmales, eran sin embargo espectros graciosos que mi tío sabía sugestionar de manera cómica y burlona.

Por fin, al cabo de algunos días llegó el barón con su esposa y un séquito de cazadores. Los invitados fueron llegando y la mansión volvió a la alegre vida que me había descrito mi tío, con sus ruidosas fiestas.

Cuando el barón, nada más llegar, entró en nuestro aposento, pareció extrañamente sorprendido por el cambio de alojamiento. Echó una mirada sombría a la puerta tapiada y apartando rápidamente la vista se pasó la mano por la frente como si quisiera borrar algún penoso recuerdo. Mi tío le contó el derrumbamiento de la sala de audiencias y de las estancias contiguas. El barón criticó a Franz por no habernos alojado mejor y exhortó con toda amabilidad al viejo a que no dejara de pedir todo aquello que le faltara para su comodidad en la nueva estancia, puesto que era mucho peor que la que siempre había habitado. Los modales y el trato del barón hacia mi anciano tío eran más que cordiales. Se mezclaba en su conducta una cierta veneración

infantil, como si entre el barón y mi tío existiera una respetuosa relación de parentesco. Pero este detalle era también lo único que podía reconciliarme de alguna manera con la tosca y autoritaria personalidad que iba mostrando día a día. Mi presencia le pasaba inadvertida pues veía en mí tan sólo al escribano. Ya en la primera acta que escribí pretendió que la redacción tenía algunos errores de formulación. Se agitó la sangre en mí, y estaba a punto de replicar en tono hiriente, cuando mi tío, tomando la palabra, aseguró que todo lo que yo hacía obedecía a sus propios planteamientos, y que aquella acta judicial estaba en perfecta regla. Una vez solos, me quejé amargamente del barón que cada día me iba resultando más antipático en el fondo del alma.

—¡Créeme, tocayo! —replicó el viejo—, el barón, a pesar de mostrarse tan huraño, es uno de los hombres más admirables y bondadosos que existen en el mundo. Ha adoptado este talante, como ya te expliqué, desde que pasó a ser el señor del mayorazgo. Antes era un joven afable y humilde. Tampoco es tan rudo como lo pintas y me gustaría mucho saber por qué te cae tan antipático.

Al decir estas últimas palabras sonrió jocosamente y la sangre se me agolpó, hirviendo, en el rostro. ¿No sabía yo bien qué me estaba sucediendo? ¿No sentía con claridad que ese odio caprichoso brotaba del amor, o más bien de haberme enamorado de la persona que me pareció el ser más encantador, dulce y noble que caminara nunca sobre la tierra? Esa criatura no era otra que la misma baronesa.

Ya en el preciso instante de su llegada, al caminar a través de los salones envuelta en una piel de marta que ceñía su delicado cuerpo y tocada con una lujosa mantilla, su aparición produjo en mí el efecto de una poderosa e irresistible magia.

Sí, el hecho mismo de que las dos viejas damas, con sus extravagantes vestidos y sus peinados a la Fontange[7], se colocaran cada una a un lado suyo, a trompicones y dándole la bienvenida en un pésimo francés, mientras que ella, la baronesa, miraba a su alrededor con miradas de una indescriptible dulzura, inclinando la cabeza para saludar a éste y a aquél, pronunciando suavemente algunas palabras alemanas en el más puro dialecto de la región, todo este contraste componía una imagen en extremo extraña, y mi fantasía enlazaba involuntariamente esta imagen con la de aquella horrible aparición.

La baronesa se convertía así en el ángel de la luz ante quien se doblegaban las fuerzas del mal y de las tinieblas. Esta maravillosa mujer inundó vivamente mi espíritu. Por aquel entonces tendría apenas diecinueve años. Su rostro, tan delicado como su talle, tenía una expresión sumamente angelical.

Pero era en la mirada de sus ojos negros donde residía su indescriptible encanto, como un húmedo rayo de luna que irradiaba una profunda nostalgia, y su linda sonrisa era un cielo entero pleno de éxtasis y de gozo. Con frecuencia parecía ensimismarse, y en aquellas ocasiones una nube sombría oscurecía su precioso semblante. Habría podido pensarse que se sentía confusa y turbada por una pena aniquiladora. A mí me daba la impresión, sin embargo, de que presagiaba un turbio y

siniestro futuro que hacía que se sintiera sobrecogida en tales momentos. Por esta razón mi mente, de una manera extraña y sin que pudiera explicar por qué, relacionaba su imagen con la del espectro de la mansión.

La mañana siguiente a la llegada del barón nos reunimos todos los presentes para tomar el desayuno. Mi tío me presentó a la baronesa, y como suele sucederles a los ánimos turbados como el mío, me comporté como un estúpido, y en vez de responder llanamente a las sencillas preguntas de la encantadora mujer, tales como que qué me parecía la vida en la mansión, etc., me perdí en los más peregrinos discursos carentes de sentido. Estaba tan turbado que las viejas damas atribuyeron mi confusión al profundo respeto que me inspiraba la señora de la casa, y creyéndose en la obligación de mostrarse condescendientes conmigo, me ensalzaron como a un joven gentil y diestro, como a un *garçon très joli*. Esto me disgustó, y de repente, sin que pudiera hacer nada por evitarlo, me salió una broma en un mejor francés que el que pronunciaban las viejas. Éstas abrieron unos ojos enormes y se apresuraron a abastecer, con una buena ración de tabaco, sus largas y puntiagudas narices. En la seria mirada de la baronesa, que desvió su atención hacia otra dama, pude notar que había interpretado mi broma como una simpleza, lo cual me disgustó aún más y maldije a las viejas deseando que se las tragara la tierra. Hacía mucho tiempo que mi tío me había criticado con ironía la época lánguida y bucólica de los suspiros de amor y de las desventuras amorosas que conducían a un narcisismo y a una autocomplacencia engañosa e infantil. Y sin embargo, sentía vivamente la profunda y poderosa impresión que la baronesa, como ninguna otra mujer en mi vida, había producido en mi ánimo. No veía ni escuchaba a nadie más que a ella, pero era plenamente consciente de lo absurdo y disparatado que era pretender unos amoríos con ella. Me daba perfecta cuenta de la imposibilidad de comportarme como un muchachito enamorado, adorando e idolatrando a la amada desde la distancia, comportamiento del que no habría podido sino avergonzarme. Lo que yo deseaba era estar cerca de la maravillosa mujer, sin que ella presintiera siquiera mis sentimientos, beberme el dulce veneno de sus miradas y de sus palabras, y luego alejarme de ella y llevarla por mucho tiempo, quizás para siempre, en mi corazón. Este amor romántico, caballeresco, fermentaba en las vigilias nocturnas y me producía tal ansiedad que, una noche, fui lo suficientemente pueril como para comenzar a rezongar patéticamente, y a suspirar en tono muy lastimero: «¡Seraphine, ay, Seraphine!», hasta que mi tío se despertó y me gritó:

—¡Tocayo!, ¡tocayo! ¡Creo que fantaseas en voz alta! ¡Hazlo de día, si es que puedes, pero déjame dormir por las noches!

Yo estaba no poco preocupado de que el viejo, que ya había podido observar mi turbación a la llegada de la baronesa, hubiera escuchado ahora este nombre, y temía que me cubriera de burlas y sarcasmos. Por la mañana me hizo tan sólo este comentario antes de entrar en la sala de audiencias:

—Que Dios le dé a cada uno el entendimiento que le corresponde y la serenidad para mantenerlo a buen recaudo. Mal asunto es convertirse en un pusilánime de la noche a la mañana.

Luego tomó asiento en la gran mesa y me dijo:

—Escribe con mucha claridad, querido tocayo, para que pueda leerlo sin tropiezos.

La alta estima, esa veneración infantil que el barón mostraba por mi tío se manifestaba en todos los aspectos. Así, durante las comidas, el viejo ocupaba ese asiento, envidiado por muchos, junto a la baronesa. A mí la suerte me arrojaba de aquí para allá. Por lo general, algunos oficiales de la cercana capital solían secuestrarme para contarme con detalle todas las novedades y diversiones que tenían lugar en su ciudad, acompañándose de buenos tragos. Así ocurrió que durante varios días estuve sentado lejos de la baronesa, al otro extremo de la mesa hasta que, por fin, un azar me permitió acercarme a ella. En el momento de abrirse las puertas del comedor para todos los reunidos, la dama de compañía de la baronesa, una mujer ya no muy joven pero nada fea e inteligente, me enredó en una conversación que parecía de su gusto. De acuerdo con la costumbre le ofrecí mi brazo y me alegré no poco cuando vi que tomaba asiento muy cerca de la baronesa, quien le dirigió un amable saludo con la cabeza. Como puede suponerse, todas mis palabras iban dirigidas no sólo a la doncella, sino principalmente a la baronesa. Tal vez la tensión que me dominaba daba a todo lo que decía un brío especial, lo cierto es que la doncella escuchaba cada vez con mayor atención, irresistiblemente embelesada por el mundo colorido y de imágenes variadas que hacía surgir ante ella. Era, como ya he dicho, inteligente y así sucedió pronto que nuestra conversación se independizó de las de los demás invitados, cobrando vida propia y lanzando sus destellos exactamente allí donde yo pretendía. Observé con placer que la doncella le hacía guiños significativos a la baronesa, y que ésta se esforzaba por escucharnos. Esto último sucedió especialmente cuando la conversación se orientó hacia la música y me pronuncié, lleno de entusiasmo, sobre este magnífico arte sagrado. Por último, no disimulé que, a pesar de estar entregado a la seca y aburrida jurisprudencia, tocaba bastante bien el piano, cantaba y había compuesto alguna que otra canción. Pasamos al otro salón para tomar café y licores, y allí estaba yo, sin querer y sin saber cómo, ante la baronesa que hablaba en ese momento con la doncella. Al instante pasó a hablar conmigo amablemente y en el tono con el que se le habla a un amigo, repitiendo aquellas preguntas sobre si me gustaba la estancia en la mansión, etc. Le aseguré que en los primeros días me habían destemplado un tanto la terrible soledad de los alrededores y hasta la misma mansión, pero que el ambiente ahora era magnífico, y que sólo deseaba que se me dispensara de las fogosas cacerías a las que no estaba acostumbrado. La baronesa sonrió mientras me decía:

—Ya me figuro que no son de su agrado el tumulto y el escándalo de la caza en nuestros pinares. Usted es músico, y si no me equivoco, seguro que también poeta.

¡Adoro ambas artes con verdadera pasión! Yo misma toco un poco el arpa pero aquí, en R., debo privarme de él. A mi esposo no le gusta que traiga el instrumento conmigo, pues sus delicados sonidos no armonizarían con el vocerío y con los estruendosos cuernos de caza que es lo único que puede oírse por estos pagos. ¡Dios mío, cómo me gustaría disfrutar de la música aquí!

Yo le prometí que pondría todo mi arte a su disposición para cumplir sus deseos, ya que sin duda debía haber en la mansión algún instrumento aunque no fuera más que un viejo piano de cola. Adelheid (la dama de compañía de la baronesa) se echó a reír abiertamente y me preguntó si no sabía que desde tiempos inmemoriales no se había escuchado en la mansión ninguna otra música que los graznidos de las trompetas y los jubilosos lamentos de los cuernos de caza, ni ningún otro instrumento que no fueran roncos violines, desafinados contrabajos o los berreantes flautines de los músicos ambulantes. La baronesa expresó nuevamente su deseo de oír mi música, y ambas, ella y Adelheid, se agotaron pensando y proponiendo cómo procurarse un piano que estuviera en aceptables condiciones. En ese momento pasaba el viejo Franz por el salón.

—Por ahí va el que siempre tiene un buen consejo para todo y el que todo lo consigue, incluso lo inaudito y lo nunca visto.

Con estas palabras le llamó Adelheid para que se acercara a nosotros, y mientras le contaba de qué se trataba, la baronesa prestaba atención con las manos juntas y la cabeza inclinada hacia delante, mirando al viejo a los ojos con una dulce sonrisa. Era muy agradable verla como a una niña encantadora y querida a quien le gustaría tener ya entre las manos el juguete ansiado. Franz, después de enumerar en su circunstanciado y detallado estilo todas las razones por las que era poco menos que imposible procurarse en breve tiempo un instrumento tan raro, acabó acariciándose la barba con una amplia sonrisa satisfecha y dijo:

—Pero la señora inspectora, allí en el pueblo, le pega de una manera asombrosamente certera al clavicémbalo, o como se diga en lengua extranjera, y canta además tan fina y lamentablemente que a uno se le ponen los ojos rojos como con las cebollas y se pondría uno a dar brincos con las dos piernas.

—¡Y tiene un piano! —exclamó Adelheid.

—Ni más ni menos —prosiguió el viejo—, llegado directamente de Dresde. Un…

—¡Oh, magnífico! —le interrumpió la baronesa.

—Un buen instrumento —continuó el viejo—, pero un poco flojo, la verdad, porque cuando hace poco el organista quiso tocar la canción «En todos mis actos[8]», lo hizo pedazos, de modo que…

—¡Oh, Dios mío! —exclamaron al unísono, la baronesa y Adelheid.

—De modo que —prosiguió el viejo— fue necesario llevarlo a R., con cuantiosos gastos, para que lo reparasen.

—Pero ¿está aquí otra vez? —le preguntó Adelheid impaciente.

—¡Ni más ni menos, señorita! Y la señora inspectora se sentirá muy honrada.

En ese momento pasó junto a nosotros el barón. Miró como sorprendido del grupo que formábamos y le susurró con una sonrisa burlona a la baronesa:

—¿Ya está otra vez Franz dando consejos?

La baronesa bajó la vista sonrojándose, y el viejo Franz, interrumpido bruscamente, se cuadró en posición militar, asustado, con la cabeza erguida y los brazos completamente pegados al cuerpo. Las viejas vinieron nadando en sus voluminosos vestidos hacia nosotros y se llevaron secuestrada a la baronesa, seguida por Adelheid. Yo me quedé de pie, como encantado. Este embeleso de poder acercarme a mi adorada, a la persona que dominaba en todo mi ser, luchaba contra el mal humor y la indignación hacia el barón, que se me aparecía como un rudo déspota. ¿Si no lo era, iba acaso a comportarse el viejo criado, con todas sus canas, como un esclavo?

—¿Pero me oyes, me ves por fin? —me hablaba mi tío golpeándome en los hombros. Subimos a nuestros aposentos—. No te acerques tanto a la baronesa —me dijo nada más llegar—, ¿qué buscas?, ¿qué pretendes?, ¿adónde quieres llegar? Deja eso para los jóvenes presumidos a quienes les gusta hacer la corte y de los que no hay escasez.

Le conté cómo había ocurrido todo y le exhorté a que me dijera si merecía su reprobación. Sin embargo, no contestó nada más que un «Hum, hum». Se puso la bata, se sentó en el sillón con la pipa encendida y comenzó a hablar de las anécdotas de la caza del día anterior, burlándose de mi poca puntería. En la mansión se hizo el silencio. Todos, damas y caballeros, estaban en sus habitaciones arreglándose y componiéndose para la noche. Aquellos músicos de los violines roncos, de los desafinados contrabajos y de los berreantes flautines, de los que había hablado Adelheid, acababan de llegar, pues esa noche se daba nada menos que un baile de gala. El viejo, prefiriendo el sueño reconfortante a la charla y al jaleo, se quedó en su habitación. Yo, en cambio, ya me había vestido para el baile, cuando sonaron unos golpes suaves en la puerta y entró Franz, quien me anunció con una sonrisa satisfecha que el clavicémbalo de la señora inspectora acababa de ser transportado en un trineo y llevado donde la señora baronesa. Adelheid me instaba a aceptar la invitación de pasar por allí en seguida. Es fácil imaginar cómo me iba el pulso, con qué dulce estremecimiento entré en el aposento donde se encontraba ella. Adelheid me recibió muy contenta. La baronesa, completamente compuesta para el baile, estaba sentada con un aire pensativo ante la enigmática caja en que dormían los tonos que yo debía despertar. Se levantó tan radiante, en todo el esplendor de su belleza, que no pude sino quedarme mirándola sin pronunciar palabra.

—Mire, Theodor —según la buena costumbre del norte, que vuelve a encontrarse en el lejano sur, me llamaba por el nombre de pila—. Mire, Theodor —me dijo amablemente—, el piano ya está aquí. Quiera el cielo que no sea del todo indigno de su arte.

Al abrir la tapa me saltaron un montón de cuerdas a la cara, y al tocar un acorde, las que aún quedaban, de puro desafinadas que estaban, produjeron un sonido horroroso.

—Ya ha vuelto a poner sus manazas encima el organista —exclamó Adelheid riendo. La baronesa, sin embargo, dijo indignada:

—¡Pero qué desgracia! ¡Ay, no voy a poder tener una sola alegría aquí!

Me puse a buscar en la caja y afortunadamente encontré algunas cuerdas, sí, ¡pero ningún afinador! Más quejas.

—Cualquier llave cuya arista encaje en la clavija podría utilizarse —les expliqué.

Las dos se pusieron entonces a buscar alegremente de un lado para otro y, al poco rato, todo un muestrario de relucientes llavecitas apareció ante mí sobre la caja de resonancia.

Así que me puse manos a la obra con toda diligencia. Adelheid, y hasta la misma baronesa, se esforzaban por ayudarme probando en una y otra clavija. Una llave encaja por fin y comienza a tensar lentamente.

—¡Ya está, funciona! —exclaman con alegría.

Entonces, la cuerda que comenzaba ya a emitir un sonido puro, salta, y ambas dan un paso atrás, asustadas. La baronesa toma con sus delicadas manos las recias cuerdas metálicas y me alcanza los números que le pido, sujetando con todo cuidado el ovillo que voy desenrollando yo. De pronto se nos escapa el ovillo de las manos, y la baronesa profiere un impaciente «¡Ah!». Adelheid suelta una carcajada. Yo persigo el embrollado ovillo hasta un rincón del cuarto, y entre todos intentamos extraer de él una cuerda sana que luego, cuando la logramos enderezar, vuelve a saltar para nuestro disgusto. Pero por fin…, por fin vamos encontrando buenas cuerdas que se van dejando tensar, y de las feas disonancias van surgiendo poco a poco claros y puros acordes.

—¡Lo conseguimos, lo conseguimos, ya afina! —exclama la baronesa, mirándome con una sonrisa encantadora.

Qué rápidas desaparecen la timidez y la extrañeza que imponen las normas sociales cuando hay un objetivo común; de qué manera fue naciendo entre nosotros una agradable intimidad que, como un halo eléctrico que me volviera incandescente, acababa con mi timidez y consumía la opresión helada de mi pecho, fundiéndola. Ya no me dominaba aquella rara afectación generada por mi carácter enamoradizo y pasional, y así pudo ocurrir que, una vez afinado aceptablemente el piano, yo, en lugar de expresar mis íntimos sentimientos improvisando grandilocuentemente, me abandoné a aquellas dulces y bonitas cancioncillas que nos llegaban del sur. Tocando ese *Senza di te*[9] o ese *Sentimi idol mio* o ese *Almense non poss'io* y repitiendo por enésima vez esos *Morir mi sento* y *Addio* y *Oh dio*[10], las miradas de Seraphine se iban iluminando más y más. Se había sentado al piano muy cerca de mí. Sentía el roce de su aliento en mi mejilla; al apoyar su brazo detrás de mí en el respaldo del sillón, una cinta blanca se desprendió de su elegante vestido de baile y fue a caer

sobre mi hombro, balanceándose de aquí para allá entre mis notas y los dulces suspiros de Seraphine, como un fiel mensajero de amor. ¡Fue asombroso que pudiera conservar el conocimiento! En un descanso en el que intentaba acordarme de una nueva canción ayudándome de unos acordes, Adelheid, que estaba sentada en un rincón del aposento, se vino dando saltos, se arrodilló ante la baronesa y le rogó cogiéndole las manos y llevándoselas al pecho:

—¡Oh, mi querida baronesa! ¡Pequeña Seraphine!, ¡canta ahora tú!

La baronesa replicó:

—¿Pero qué cosas se te ocurren, Adelheid? ¿Cómo voy a cantar aquí, delante de nuestro virtuoso, con mi pobre canto?

Era delicioso verla luchar como una niña tímida y vergonzosa, con la vista gacha y muy ruborizada, entre el temor y el deseo. No es difícil imaginar de qué modo le supliqué que cantara, y cuando mencionó unas breves canciones populares de la región, no cedí hasta que, extendiendo su brazo izquierdo, probó algunos sonidos sobre el piano a modo de introducción. Le quise hacer sitio al piano pero no lo permitió, protestando que no era capaz de arrancarle un solo acorde, y que justamente por eso su canto, sin acompañamiento, sonaría muy pobre e inseguro. Así que con una voz tierna y argentina, saliéndole de lo más profundo del corazón, comenzó a entonar una canción cuya sencilla melodía llevaba todo el carácter de esas canciones populares que brotan con una luz tan de dentro, que, en el aura clara en que nos envuelve, hemos de reconocer por fuerza nuestra elevada naturaleza poética. Hay una magia secreta en las insignificantes palabras de sus textos, que se convierten en jeroglífico de lo inefable, colmando nuestro pecho. Quién no recuerda aquella cancioncilla española cuyo texto no dice mucho más que: «Me embarqué con mi niña / me embarqué. / La tormenta llegó / y mi amada la color perdió. / Nunca más al mar iré / con mi niña / nunca más me embarcaré». La cancioncilla de la baronesa no iba mucho más allá: «De joven bailé con mi amor / en una boda. / De mi pelo se soltó una flor, / y él la recogió / diciéndome una cosa: / ¿Cuándo mi amor / iremos a una boda?». La segunda estrofa de la cancioncilla la acompañé con variados arpegios. Lleno del entusiasmo que me inflamaba, llegué hasta robar las melodías de las siguientes canciones nada más salir de los labios de la baronesa. Ante sus ojos y los de Adelheid aparecí como el más insigne maestro del arte musical y me cubrieron de elogios. Las luces encendidas del salón de baile llamearon en el aposento de la baronesa. Un griterío disonante de trompetas y cuernos anunciaba que era ya la hora de reunirse para el baile.

—¡Ay!, tengo que marcharme ahora —dijo la baronesa.

Yo me puse de pie de un salto.

—Me ha deparado usted un rato magnífico. Han sido los momentos más alegres que he vivido nunca en R.

Diciendo estas palabras la baronesa me tendió la mano; al estampar encima mis labios, embriagado por el éxtasis, pude sentir el palpitar vehemente de sus dedos en

mi mano. No sé cómo llegué a los aposentos de mi tío y luego al salón de baile. Aquel personaje popular[11] temía la batalla porque cualquier herida podía matarle, ya que todo él era corazón. Me podía comparar… cualquiera podía compararse con él en un estado de ánimo como el mío. La mano de la baronesa, sus dedos palpitantes me habían alcanzado como una saeta envenenada. ¡La sangre me ardía en las venas! Sin preguntarme directamente a mí, el viejo conocía ya muy de mañana la historia de la tarde vivida con la baronesa. Yo me quedé no poco perplejo cuando, después de hablarme entre bromas y con un tono claro, se puso serio de repente y comenzó a decirme:

—Por favor, tocayo, ¡resístete a esa locura que se ha apoderado de ti! Convéncete de que lo que has comenzado, por muy inocente que parezca, puede tener las consecuencias más terribles. Como un demente, poseído por la locura, caminas distraído sobre una fina capa de hielo que se quebrará antes de que puedas darte cuenta y que te hará caer dentro del agua. Yo me guardaré bien de cuidarte y de tenerte sujeto al faldón. Porque sé muy bien que en tu locura volverás a escaparte, y dirás enfermo de muerte: «Este pequeño resfriado lo he pillado durmiendo», pero una fiebre maligna irá consumiendo tu centro vital, y pasarán muchos años antes de que puedas recuperar tus fuerzas. Que el diablo se lleve tu música si no sabes hacer con ella nada mejor que alterar la paz de mujeres sensibles.

—Pero —interrumpí al viejo— ¿se me ha ocurrido acaso coquetear con la baronesa?

—¡Estúpido! —exclamó el viejo—, ¡si me entero de una cosa así te tiro aquí mismo por la ventana!

El barón interrumpió este penoso diálogo, y el trabajo me arrancó de las ensoñaciones amorosas en las que sólo podía ver y pensar en Seraphine. La baronesa sólo hablaba conmigo en público de tanto en cuanto, dirigiéndome algunas palabras cordiales. Pero no pasaba casi ninguna tarde sin que me llegara el mensaje secreto de Adelheid llamándome donde Seraphine. Pronto fueron alternando los diálogos con la música. Adelheid, que ya no era tan joven como para mostrarse o ser tan ingenua y graciosa, intervenía en ellos con todo tipo de anécdotas divertidas y confusas, cuando Seraphine y yo comenzábamos a abismarnos en conceptos y ensoñaciones de tipo sentimental. Por algunas alusiones pude darme cuenta enseguida de que algo perturbaba a la baronesa, tal como creí leer en sus ojos la primera vez que la vi. Me acordaba entonces con toda claridad del espectro de la mansión y pensaba que podía tener alguna influencia adversa en ella. Algo terrible había sucedido o iba a suceder. ¡Cuántas veces sentí el deseo de contarle a Seraphine cómo me había impresionado el enemigo invisible y cómo el viejo lo había exorcizado, seguro que para siempre! Pero un temor inexplicable encadenaba mi lengua cada vez que me disponía a hablar sobre este asunto.

Un día faltó la baronesa a la comida del mediodía. Se dijo que estaba enferma y que no podía salir de su aposento. Interesados por su estado se le preguntó al barón si

la cosa era grave. Sonrió desagradablemente y de una manera fatal, como burlándose amargamente, y dijo:

—No es nada más que un ligero catarro debido a esta fría brisa marina que no tolera aquí ninguna vocecita dulce y que no puede sufrir otros sonidos que el vigoroso estrépito de los cuernos de caza.

Mientras pronunciaba estas palabras el barón me arrojó una mirada punzante a mí, que estaba sentado casi enfrente de él. No había hablado para nadie más que para mí. A Adelheid, que estaba sentada a mi lado, se le subieron los colores; se quedó mirando fijamente hacia delante, y garabateando con el cuchillo sobre el plato me susurró:

—Y hoy mismo podrás ver a Seraphine, y hoy mismo sosegarán tus dulces cancioncitas el corazón enfermo.

También Adelheid me hablaba a mí, pero en ese momento me pareció estar manteniendo una relación de amor ilícita e impura, que sólo podía acabar con un terrible crimen. Las advertencias de mi tío abuelo pesaban en mi corazón. ¿Qué hacer? ¿No verla más? Eso era imposible mientras me encontrara en la mansión, y tampoco quería ni podía marcharme de allí y regresar a K[12]. ¡Ay! demasiado bien sentía que no era lo suficientemente fuerte para sacudirme a mí mismo y despertar del sueño que me hostigaba con fantasías amorosas. Adelheid casi me pareció entonces una vulgar alcahueta y sentí que debía despreciarla. Y sin embargo, volviendo nuevamente en mí, tuve que avergonzarme de mis desatinos. ¿Adónde conduciría ese acercamiento a Seraphine cada vez más íntimo, pero siempre dentro de lo que permitían la moral y el decoro? ¿Cómo acabarían esos santos momentos con ella? ¿Cómo podía imaginarme siquiera que la baronesa sentía algo por mí? Y no obstante, estaba convencido del peligro a que me abocaba mi situación. Los criados recogieron la mesa antes de lo acostumbrado para ir a cazar unos lobos que habían sido divisados en el pinar, muy cerca de la mansión. La caza compaginaba perfectamente con mis ánimos. Le expliqué al viejo que quería partir con los demás. Me sonrió satisfecho diciéndome:

—¡Muy bien!, me parece que ya estás mejorando. Yo me quedo en casa; coge mi escopeta si quieres, y cíñete mi cuchillo de monte a la cintura; en caso de necesidad siempre es un arma segura si se tiene la suficiente sangre fría.

Los cazadores rodearon la parte del bosque en la que debían encontrarse los lobos. Hacía un frío de miedo; el viento ululaba por entre los pinos arrojándome los copos de nieve a la cara de forma que, cuando se fue haciendo de noche, apenas si podía ver a seis pasos delante de mí. Muerto de frío, dejé el lugar que me habían asignado y busqué abrigo en lo más profundo del bosque. Allí me apoyé contra un árbol con la escopeta bajo el brazo. Olvidé la caza; mis pensamientos me llevaron hasta Seraphine, a su acogedora habitación. De muy lejos me llegó entonces el sonido de disparos. En ese mismo instante pude oír el crujir de cañas, y ni siquiera a diez pasos de mí vi a un lobo enorme huyendo a la carrera. Apunté, apreté el gatillo…

Había fallado. El animal se giró asustado y se encaminó hacia mí con una mirada destellante. Estaba perdido si no tenía la suficiente serenidad para desenfundar el cuchillo. Se lo clavé al animal cuando ya se abalanzaba sobre mí, haciéndole un tajo tan profundo en la garganta, que la sangre me chorreó por todo el brazo. El cazador que estaba más próximo a mí vino corriendo y gritando a pleno pulmón. A su grito repetido de caza se fueron reuniendo todos los demás a nuestro alrededor. El barón se apresuró hacia mí:

—¡Por Dios! ¿Sangra usted? ¡Se está desangrando! ¿Está herido?

Le aseguré lo contrario. Entonces arremetió contra el cazador del puesto más próximo a mí y le colmó de reproches por no haber disparado cuando yo erré el tiro. A pesar de que éste replicó que no había sido posible porque en ese mismo instante el lobo se había abalanzado sobre mí, de modo que el disparo podría haberme alcanzado, el barón insistió, sin embargo, que debía haberme vigilado de manera especial, dado que yo era un cazador poco experimentado. Mientras tanto, los otros cazadores habían alzado el lobo. Era el ejemplar más grande que se había visto en mucho tiempo, y todos admiraron en general mi valor y mi firmeza. Excepto a mí, mi manera de actuar pareció a todo el mundo muy natural. Yo, de hecho, no había pensado para nada en el peligro que había corrido mi vida. El barón se mostró particularmente interesado por mí, no dejaba de preguntar si, a pesar de no haber sido herido por la bestia, no me sentía abrumado. Regresamos a la mansión; el barón me cogió, como a un amigo, por el hombro. La escopeta tuvo que llevarla otro cazador.

Todavía seguía hablando de mi acción heroica, de tal modo que al final acabé yo mismo creyendo en mi heroísmo. Perdí toda inhibición y me sentí frente al barón como un hombre de un valor y de una rara firmeza comprobados. El colegial había aprobado afortunadamente su examen. Ya no era ningún colegial, y toda su sumisión temerosa le había abandonado por fin. Merecido me pareció ahora el derecho de preocuparme por conseguir el aplauso y el favor de la baronesa. ¡Ya conocemos de qué disparatadas asociaciones es capaz la fantasía de un jovencito enamorado! En la mansión, al calor de la chimenea y de los humeantes cazos de ponche, seguí siendo el héroe del día. Aparte de mí, tan sólo el barón había logrado matar otro lobo. Los demás tuvieron que contentarse con atribuir su poco acierto a la tormenta y a la oscuridad, y con relatar historias terribles sobre grandes peligros sufridos en la caza y su desenlace feliz. Creí que el viejo elogiaría y admiraría mi valor. Con esa presunción le relaté mi aventura con todo lujo de detalles, sin olvidar pintar con los colores más vivos el aspecto salvaje y sanguinario de la feroz bestia. El viejo, sin embargo, se me rió en la cara y dijo:

—¡Dios es poderoso con los débiles!

Cuando harto de la bebida y de los demás me evadí de puntillas por el pasillo hacia la sala de audiencias, vi ante mí a una figura deslizándose de un lado para otro, con una vela en la mano. Al entrar en la sala reconocí a Adelheid.

—¡Por lo visto hay que andar errando como un fantasma o como un sonámbulo para dar con usted, mi valiente cazador de lobos! —me susurró ella cogiéndome de la mano.

Las palabras «sonámbulo», «fantasma», pronunciadas aquí, en este lugar, hicieron que me estremeciera fuertemente. Por un instante se me pasaron de nuevo por la mente las apariciones fantasmales de aquellas dos horribles noches. Como entonces, el viento del mar soplaba en tonos bajos y profundos como un armonio, haciendo temblar los cristales de las ventanas arqueadas, silbando espantosamente. La luna arrojaba su pálida luz exactamente sobre la misteriosa pared en la que se dejaron oír los arañazos. Me pareció divisar incluso unas manchas de sangre. Adelheid, que mantenía mi mano entre las suyas, debió sentir el frío que me estremecía.

—¿Qué le pasa, qué le pasa? —dijo en voz baja—, se está quedando helado. Pero yo le voy a devolver a la vida. ¿No sabe que la baronesa está impaciente por verle? ¡No puede creer que el lobo no le haya herido! ¡Se atormenta increíblemente! ¡Ay, ay, ay, amigo mío!, ¿qué es lo que ha comenzado usted con la pequeña Seraphine? En mi vida la había visto así. ¡Vaya, cómo comienza a reanimarse el pulso! ¡Mira cómo se despierta de repente el caballero muerto! ¡Venga por aquí! Despacito, en silencio. ¡Vamos donde la baronesita!

Yo me dejé llevar en silencio; la forma de hablar de Adelheid sobre la baronesa me pareció indigna y especialmente vulgar la alusión a nuestro entendimiento común. Al entrar con Adelheid, Seraphine profirió una suave exclamación de sorpresa y se vino rápida hacia mí dando tres o cuatro pasos. Pero entonces, como conteniéndose, se quedó parada en medio de la habitación. Yo me atreví a coger su mano e imprimir en ella mis labios. La baronesa dejó su mano reposar en la mía diciendo:

—Pero ¡Dios mío!, ¿es acaso su oficio vérselas con lobos? ¿No sabe que la fabulosa época de Orfeo y de Amphion dejó de existir hace ya mucho tiempo y que los animales salvajes han perdido todo el respeto por los músicos más distinguidos?

Este gracioso giro con el que la baronesa libraba de todo malentendido a su vivo interés por mí, me devolvió la exacta medida de las cosas. No sé cómo sucedió, pero esta vez, contraviniendo la costumbre, en vez de sentarme al piano, tomé asiento en el canapé junto a la baronesa. Con la pregunta: «¿Y cómo se expuso usted a ese peligro?», quedaba claro que hoy nuestro ánimo, de común acuerdo, se orientaba más al diálogo que a la música. Después de relatarle mi aventura en el bosque y de mencionarle el vivo interés que mostró el barón, con la ligera alusión de que no le hubiera creído capaz de tal cosa, la baronesa comenzó a decir con una voz suave, casi dolida:

—¡Qué violento y rudo debe parecerle a usted el barón! Pero créame, sólo durante la estancia entre estos muros sombríos e inquietantes, sólo durante el tumulto de la caza en estos tristes pinares cambia toda su manera de ser, o por lo menos su conducta exterior. Lo que le incomoda especialmente es el pensamiento, que siempre le persigue, de que aquí va a ocurrir algo terrible. Su aventura, que por suerte no ha

tenido graves consecuencias, le ha sacudido en lo más profundo, seguramente por esta razón. No puede tolerar ver expuesto al menor peligro a ninguno de sus criados, y mucho menos a un nuevo y querido amigo. Y me consta que Gottlieb, a quien culpa de haberle dejado a usted en la estacada, tendrá que soportar, no una pena de cárcel, pero sí un humillante castigo, como es tener que andar el último en el séquito de los cazadores, sin arma y con un bastón en la mano. Está claro que tales cacerías no están exentas de peligro, y que el barón, temiendo siempre lo peor, pero no pudiendo tampoco sustraerse a ese placer, acaba por exasperar hasta al mismísimo diablo, produciendo una doble personalidad en su vida, que, en contra de lo pretendido, influye también en mí. Se cuentan muchas cosas extrañas del antepasado que fundó el mayorazgo, y sé muy bien que un oscuro secreto de familia está encerrado entre estos muros como un fantasma terrible que expulsa a los señores propietarios de la mansión, haciéndoles sólo soportable una corta estancia en medio del barullo y el jaleo de la caza. Pero ¿y yo? ¡Qué sola me encuentro en este tumulto! ¡Cómo me altera en lo más profundo esa inquietud latente en todos los muros y paredes de este palacio! Usted, mi querido amigo, me ha procurado con su arte los primeros momentos alegres que he podido vivir aquí. ¿Cómo agradecérselo de corazón?

Besé la mano que me ofrecía y le expliqué que también yo había sentido lo inquietante de la estancia aquí justo el primer día, o mejor dicho, la primera noche, viviendo el terror más profundo. La baronesa se me quedó mirando fijamente a los ojos cuando atribuí esa inquietud a la arquitectura del palacio, y principalmente a los adornos de la sala de audiencias, a los silbidos del viento, etc. Tal vez fue el tono de mis palabras o quizás la expresión de mi rostro, el caso es que cuando me callé, la baronesa exclamó con vehemencia:

—¡No, no! ¡Algo terrible le ha sucedido a usted en esa sala que nunca he cruzado yo sin sentir terror! ¡Se lo suplico, cuéntemelo todo!

El rostro de Seraphine tenía la palidez de la muerte. Consideré que era más prudente contar fielmente todo lo que me había sucedido que dejar que la enardecida fantasía de Seraphine se formara la imagen de un espectro aún más terrible si cabe que el vivido. Ella me escuchaba, y su ansiedad y su miedo iban en aumento. Cuando mencioné los arañazos en la pared, exclamó:

—¡Qué horrible! ¡Sí, es en esa pared donde se esconde el terrible secreto!

Cuando continuando con mi relato le describí cómo el viejo, con un dominio y una superioridad espirituales, había exorcizado al espectro, ella suspiró profundamente como si se liberara de una pesada carga que oprimía su pecho.

Echándose hacia atrás se cubrió la cara con ambas manos. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que Adelheid nos había dejado solos.

Hacía un buen rato que había dejado yo de hablar, y como Seraphine permanecía callada, me levanté sin hacer ruido, caminé unos pasos hasta el instrumento, y con escalas y acordes *in crescendo* me esforcé por invocar a los espíritus pacificadores que debían arrancar a Seraphine del tenebroso reino al que le había abocado mi

narración. Pronto llegué a entonar lo más delicadamente que pude una de aquellas canciones sagradas del abad Steffani[13]. Con los melancólicos tonos de *Occhi, perché piangete*[14] despertó Seraphine de sus sombríos sueños y comenzó a escucharme con una suave sonrisa y con brillantes perlas en los ojos. ¿Cómo pudo suceder entonces que yo me arrodillara ante ella, que ella se inclinara hacia mí, que yo la rodeara con mis brazos, que un largo y ardiente beso quemara mis labios? ¿Cómo pudo suceder que yo no perdiera el sentido y que notara cómo ella se estrechaba a mí suavemente, que yo la librara de mis brazos y poniéndome en pie corriera hacia el piano?

Apartando su vista de mí la baronesa dio algunos pasos en dirección a la ventana; luego se giró y vino hacia mí con un talante casi orgulloso que no iba con ella. Mirándome fijamente a los ojos me dijo:

—Su tío es el anciano más respetable que conozco, es el ángel protector de nuestra familia. ¡Ojalá incluya mi nombre en su piadosa plegaria!

Yo no era capaz de pronunciar una sola palabra. El veneno fatal que había bebido en aquel beso fermentaba en mí inflamando mi pulso y mis nervios. Adelheid entró. La tensión de mi lucha interior se resolvió en un mar de lágrimas calientes que no podía contener. Adelheid me miró asombrada y sonriéndose sin duda. La habría matado. La baronesa me extendió su mano y dijo con una indescriptible dulzura:

—¡Adiós, mi querido amigo! Adiós. Piense que quizás nadie haya entendido mejor que yo su música. ¡Ah! Esas melodías resonarán durante mucho tiempo en mi alma.

Me obligué a pronunciar algunas palabras incoherentes y estúpidas, y corrí hacia nuestros aposentos.

El viejo se había acostado ya. Me quedé en la sala. Caí de rodillas y lloré a voz en grito, pronunciando el nombre de mi amada. En una palabra, me entregué a los disparates y a los desvaríos amorosos que se vieron interrumpidos únicamente por la potente voz de mi tío, que acababa de despertarse a causa de mis delirios:

—Tocayo, me parece que te has vuelto loco. ¿O es que andas peleándote otra vez con el lobo? ¡Métete en la cama ya, si te place!

Entré en mi cuarto, acostándome con el firme propósito de soñar únicamente con Seraphine. Debía ser poco más de medianoche; yo no me había quedado dormido todavía, cuando me pareció escuchar voces lejanas, el correr de aquí para allá y el abrir y cerrar de puertas. Me puse a escuchar más atentamente y oí entonces el ruido de pasos acercándose por el pasillo. Se abrió la puerta de la sala y a continuación sonaron golpes en la puerta de nuestro aposento.

—¿Quién es? —grité.

Una voz por fuera:

—¡Señor procurador!, ¡señor procurador!, ¡despierte!, ¡despierte!

Reconocí la voz de Franz. Al preguntarle yo: «¿Qué ocurre, hay fuego en la casa?», se despertó el viejo exclamando:

—¿Qué sucede?, ¿fuego?, ¿dónde, dónde? ¿Qué ocurre de nuevo, por todos los malditos diablos?

—¡Ay! levántese, señor procurador —dijo Franz—. ¡Levántese! El señor barón pregunta por usted.

—¿Qué querrá el barón de mí? —siguió preguntando el viejo—: ¿Qué querrá de mí a estas horas de la noche? ¿No sabe acaso que la justicia se va a la cama cuando lo hace el juez y que duerme tan bien como él?

—¡Ay! —dijo Franz ahora en un tono angustioso—, ¡levántese por Dios!, señor procurador. ¡La señora baronesa se muere!

Me incorporé profiriendo un grito de terror.

—Ábrele la puerta a Franz —me gritó el viejo.

Casi sin conocimiento fui dando traspiés por la habitación sin encontrar la puerta ni la cerradura. El viejo tuvo que ayudarme. Franz entró pálido, con la cara descompuesta, y encendió las velas. Apenas nos habíamos vestido cuando oímos gritar al barón en la sala:

—¿Puedo hablar con usted, querido V.?

—¿Por qué te has vestido, tocayo? El barón ha preguntado sólo por mí —inquirió el viejo disponiéndose a salir.

—¡Tengo que bajar! ¡He de verla y morir! —dije yo con una voz ronca y como aniquilado por una pena inconsolable.

—Claro, claro, ¡tienes toda la razón, tocayo!

Y diciendo esto me dio con la puerta en las narices, con un golpe tal que temblaron los goznes, y la cerró con llave.

En un primer instante, airado por esta coacción, quise echar abajo la puerta, pero me contuve acto seguido pensando en las fatales consecuencias de mi furia desenfrenada y decidí esperar el regreso del viejo, pero entonces, costara lo que costara, escaparía a su vigilancia. Oí cómo el viejo hablaba acaloradamente con el barón, oí repetir mi nombre varias veces sin poder comprender nada más.

Cada segundo que pasaba hacía más desesperada y fatal mi situación. Finalmente, pude escuchar cómo alguien le llevaba un mensaje al barón y cómo éste se echó a correr nada más oírlo. El viejo entró de nuevo en la habitación.

—Ella ha muerto —exclamando estas palabras me abalancé sobre el viejo.

—¡Y tú estás chiflado! —se le ocurrió decir con toda tranquilidad, cogiéndome y llevándome hasta una silla.

—¡Tengo que ir abajo! —grité—. ¡He de ir abajo y verla aunque me cueste la vida!

—Hazlo, querido tocayo —dijo el viejo mientras cerraba la puerta con llave, sacaba esta del cerrojo y se la llevaba al bolsillo.

Mi cólera se avivó. Cogí una escopeta cargada y le grité:

—Aquí, ante sus ojos, me meto una bala en la cabeza si no me abre inmediatamente la puerta.

Entonces se acercó el viejo hasta pegarse a mí y dijo mirándome a los ojos con una mirada penetrante:

—Muchachito, ¿crees que me asustan tus amenazas? ¿Crees que me importa algo tu vida si con tus niñerías no sabes hacer con ella nada más que dejarla de lado como a un juguete usado? ¿Qué pretendes con la mujer del barón? ¿Quién te da derecho a ti, como a un pesado galán, a meterte en donde no te llaman y donde tampoco eres bien visto? ¿Quieres jugar al pastorcito enamorado en la seria hora de la muerte?

Me desplomé anonadado en el sillón. Al cabo de un rato prosiguió el viejo con una voz suave:

—Y para que lo sepas, la supuesta enfermedad mortal de la baronesa no es, probablemente, más que una falsa alarma. Adelheid se exalta siempre por cualquier cosa; le ve caer una gota por la nariz y ya está gritando que qué tempestad más horrible. Por desgracia llegaron los gritos hasta las viejas tías que, con indecorosas lágrimas, cargaron con todo un arsenal de gotas, elixires y yo que sé qué. Total, un fuerte desvanecimiento.

El viejo se detuvo aquí, quizás al observar la lucha que mantenía conmigo mismo. Dio unas vueltas por la habitación de aquí para allá, se plantó delante de mí nuevamente, se rió con una risa sana y dijo:

—¡Tocayo, ay, tocayo! ¿A qué tonterías juegas? Ya está el diablo haciendo otra vez de las suyas. Y ahora has ido tú a caer inocentemente en sus garras para bailar ante él el baile de San Vito. —Dio unos pasos más de un lado a otro y siguió diciendo —: Con dormir ya no cuento, así que voy a fumarme una pipa y pasar así el par de horitas de noche y tinieblas que quedan.

Diciendo esto tomó el viejo una pipa de barro del armario y la fue llenando, lenta y concienzudamente, mientras tarareaba una cancioncilla. Luego se puso a buscar entre montones de papeles hasta que arrancó una hoja, la plegó y le prendió fuego. Soplando densas nubes de humo dijo entre dientes:

—¡Bueno, tocayo! ¿Cómo fue la historia con el lobo?

No sé de qué modo, pero la tranquilidad de mi tío influyó extrañamente en mí. Era como si no me encontrara ya en R. y como si la baronesa estuviera tan, tan lejos de mí que sólo pudiera alcanzarla con las alas del pensamiento. La última pregunta del viejo me disgustó mucho.

—Pero —intervine yo— ¿acaso le parece mi aventura de caza un suceso divertido y apropiado para la burla?

—Nada de eso —replicó el viejo—, nada de eso, señor tocayo, pero no puedes imaginarte la cara divertida que pone un gallito como tú y los aires que se da cuando la bondad de Dios le hace digno de que le ocurra por una vez algo especial. Yo tenía un amigo en la universidad que era muy discreto, sencillo y prudente. El azar lo involucró, sin que él lo quisiera, en una cuestión de honor, y él, a quien la mayoría teníamos por débil como una pluma, se comportó con un valor y una resolución tales que todos acabamos admirándolo mucho. Pero esa circunstancia lo transformó

también. Del discreto y aplicado joven surgió un matón pendenciero e insoportable. Comenzó a frecuentar las tabernas de estudiantes, jactándose continuamente de su hazaña, medio como un niño tonto, hasta que un día el veterano de una casa regional, a la que había insultado del modo más vulgar, acabó con él en un duelo. No te lo digo por nada, tocayo. Extrae tus propias conclusiones. Volvamos ahora de nuevo a la baronesa y a su enfermedad.

En ese instante se oyó el ruido suave de pasos por la sala. A mí me dio la impresión de que un quejido espantoso cruzaba los aires. «¡Ha muerto!». Este pensamiento me atravesó como un rayo mortal. El viejo se levantó rápidamente y comenzó a llamar:

—¡Franz! ¡Franz!

—¿Sí, señor procurador? —respondió él desde fuera.

—Franz —prosiguió mi tío—, aviva un poco el fuego de la chimenea, y si es posible haz que nos preparen unas tazas de buen té. ¡Hace un frío de mil demonios! —y girándose hacia mí—: Vayamos mejor a conversar junto a la chimenea.

El viejo abrió la puerta y yo lo seguí por pura inercia, como un autómata.

—¿Cómo están las cosas abajo? —preguntó mi tío.

—¡Bah! —replicó Franz—. No es nada grave. La señora baronesa se ha repuesto por completo y culpa de su breve desmayo a una pesadilla.

Casi me pongo a dar saltos de alegría y de júbilo pero la mirada seria del viejo me contuvo, conminándome a la calma.

—Bueno, bueno —dijo mi tío—, en el fondo sería mejor que calentáramos la almohada estas horitas que nos quedan. ¡Olvida lo del té, Franz!

—Lo que usted mande, señor procurador —replicó Franz abandonando la sala y deseándonos una noche tranquila pese a que ya cantaban los gallos.

—¡Escucha, tocayo! —dijo el viejo al tiempo que vaciaba la pipa en la chimenea —, ¡escúchame bien, tocayo! ¡Ha sido una suerte que no te sucediera ninguna desgracia entre tanto lobo y tanta escopeta cargada!

Ahora lo entendí todo y me avergoncé de haberle dado al viejo ocasión de tratarme como a un niño maleducado.

—Por favor —comenzó diciendo mi tío a la mañana siguiente—, tocayo, ve abajo por favor e infórmate de cómo le va a la baronesa. No tienes más que preguntar por Adelheid y ella te dará un boletín completo de la situación.

Es fácil imaginar cómo me apresuré escaleras abajo. Pero en el instante mismo en que me disponía a llamar suavemente a la puerta de la antecámara, se abrió esta repentinamente y salió el barón.

Se quedó sorprendido de verme, y me miró de arriba abajo con una mirada sombría y penetrante.

—¿Qué busca usted aquí? —se le escapó sin querer.

Aunque el corazón me dio un vuelco, me tranquilicé y le respondí en un tono decidido:

—Informarme, por encargo de mi tío, sobre la salud de la señora.

—¡Oh, no es nada! Uno de sus ataques de nervios. Ahora duerme tranquilamente y estoy seguro de que comparecerá a la mesa completamente reanimada. Dígale esto. Dígaselo.

El barón pronunció estas palabras con una cierta agitación vehemente que me dio a entender que estaba mucho más preocupado por la baronesa de lo que quería aparentar. Yo me iba a girar para regresar cuando él me cogió de repente del brazo y me dijo con una mirada de fuego:

—¡Tengo que hablar con usted, joven!

¿Cómo no ver ante mí al esposo ofendido? ¿Cómo no temer una escena que podía tener un final deshonroso para mí? Yo estaba desarmado, pero entonces recordé el cuchillo de monte que me había regalado mi tío en R. y que todavía llevaba en el bolsillo. Seguí al barón que tiraba de mí con un paso rápido. Estaba yo decidido a no respetar vida alguna en el caso de que se atentara contra mi dignidad. Entramos en la habitación del barón cuya puerta cerró este tras de sí. Entonces se puso a andar, nervioso, de un lado a otro con los brazos cruzados. Se paró delante de mí y repitió:

—¡Tengo que hablar con usted, joven!

Recobré el valor y repliqué en un tono temerario y algo subido:

—¡Espero que sean palabras de las que no tenga que arrepentirse después!

El barón me miró sorprendido, sin entenderme. Luego dirigió una triste mirada al suelo, se echó las manos a la espalda y comenzó otra vez su paseo de un lado a otro de la habitación. Cogió una escopeta y le introdujo la baqueta como comprobando si estaba cargada o no. La sangre se me hinchó en las venas. Me llevé la mano al cuchillo y me puse lo más cerca del barón para evitar que pudiera apuntarme.

—Una buena arma —dijo el barón volviendo a colocar la escopeta en su sitio.

Retrocedí algunos pasos y el barón se acercó a mí. Dándome unos fuertes golpes en los hombros, más fuertes de lo normal, dijo entonces:

—¡Debo de parecerle extraño y aturdido, Theodor! Y así lo estoy realmente por los sobresaltos y la vigilia de esta noche. El ataque de nervios de mi mujer no era nada peligroso, lo reconozco ahora, ¡pero que haya sido aquí! Aquí, en esta mansión por la que deambula un siniestro espíritu exorcizado, me hace temer lo peor, y además es la primera vez que enferma en este lugar. ¡Usted, únicamente usted, es el culpable!

Yo le repliqué tranquilamente que no tenía la menor idea de cómo era posible eso.

—¡Ah! —prosiguió el barón—. ¡Ojalá se hubiera roto en mil pedazos, sobre el hielo, la maldita caja de desgracias de la señora inspectora! ¡Ojalá que usted…! Pero ¡no!, ¡no! Tenía que suceder así y yo soy el único culpable de todo. Desde el primer instante en que comenzó usted a interpretar su música en el aposento de mi mujer, debí ponerle al corriente de toda la situación. Sobre todo del estado anímico de mi mujer.

Yo hice el gesto de querer decir algo.

—Déjeme hablar a mí —exclamó el barón—, tengo que librarle primero de todo juicio precipitado. Usted me tendrá por un hombre rudo poco amigo de las artes. Pero no soy así en absoluto. Sin embargo, un respeto y un cuidado, fundamentados en una profunda convicción, me obligan a no permitir aquí ese tipo de música que emociona a todo ánimo sensible, incluso el mío. Sepa usted que mi mujer es altamente impresionable, una enfermedad que al final acabará privándola de todos los placeres. Aquí, entre estas misteriosas paredes no se libra tampoco de esa sobreexcitación, que suele aparecer ocasionalmente y como síntoma de una enfermedad mucho más grave. Me preguntará usted, con razón, que por qué no le ahorro a mi delicada mujer esta estancia horrible, esta tumultuosa y estridente vida de caza. Pero llámelo debilidad, o como usted quiera. La verdad es que no me es posible dejarla sola. No sería capaz yo de emprender nada serio y andaría continuamente angustiado, porque sé muy bien que, ni en el bosque ni en la sala de audiencias, dejaría de pensar un solo instante en las desgracias más terribles que le podrían estar sucediendo en cada momento. Esos pensamientos me abatirían. Pero es que además pienso que esta vida que llevamos aquí tiene que producirle por fuerza un efecto benéfico, como una cura de aguas, y proporcionarle nuevas energías. Verdaderamente, el viento del mar que brama entre los pinos, el seco ladrar de los dogos, el sano y vivo sonido de los cuernos deben predominar aquí, y no ese enervante y lánguido teclear sobre el piano. Nadie debería tocar así. ¡Pero usted se ha propuesto atormentar metódicamente a mi mujer hasta la muerte!

El barón dijo esto último con voz dura y enérgica, y con una mirada fulminante. La sangre se me subía a la cabeza, moví una mano con resolución hacia el barón; quería hablar, pero él no me dejaba pronunciar palabra.

—Ya sé lo que va usted a decirme —comenzó él—, lo sé y le repito que usted ha estado a punto de matar a mi esposa y que no puedo culparle a usted de ninguna manera, si bien puede comprender que he de poner punto final a esta situación. Resumiendo: usted exalta a mi mujer con su música y sus canciones y, en el momento en que ella se halla en el mar sin fondo de los sueños y de las visiones, que usted, como un brujo, evoca y conjura con su música, cuando ella está flotando en la cresta más alta sin timón ni apoyo, va usted y la precipita al abismo con el relato de un espectro que le ha importunado a usted arriba, en la sala de audiencias. Su tío abuelo me lo ha contado todo, pero yo le ruego a usted que me vuelva a contar lo que vio o no vio, todo lo que escuchó…, sintió…, presintió.

Yo me recompuse y le conté con mucha calma todo lo sucedido, desde el principio hasta el final. El barón dejaba escapar de cuando en cuando alguna exclamación de sorpresa. Cuando llegué al punto en que mi tío se enfrenta al espectro con firme valor y cargado de piedad, exorcizándolo con sus extraordinarias palabras, el barón juntó las manos, aplaudió y, elevándolas luego hacia el cielo, exclamó entusiasmado:

—¡Sí. Verdaderamente es el ángel protector de la familia! ¡Que sus restos mortales descansen, a su muerte, en la cripta de mis antepasados!

Yo había terminado mi relato.

—¡Daniel, Daniel! ¿Qué haces aquí a estas horas? —murmuraba para sí el barón mientras recorría la habitación de un extremo al otro, con los brazos cruzados.

—¿Así que no era nada más que eso, señor barón? —pregunté yo alzando la voz y haciendo el gesto de retirarme.

El barón pareció despertar como de un sueño; me estrechó amablemente la mano y me dijo:

—¡Sí, querido amigo!, mi mujer, a quien usted ha causado tanto daño sin querer, va a restablecerse gracias a usted. Únicamente usted puede conseguirlo.

Sentí que me sonrojaba. Si hubiera habido un espejo cerca seguro que se habría reflejado en él un rostro pasmado y perplejo. El barón parecía regocijarse con mi aturdimiento y me miraba fijamente a los ojos, con una fatal sonrisa irónica.

—¿Por dónde empezar, por Dios? —acerté a tartamudear con dificultad.

—¡Bueno, bueno! —me interrumpió el barón—. No tiene que vérselas usted con una paciente difícil. Confío expresamente en su arte. La baronesa se encuentra bajo el hechizo de su música y arrancarla de ahí repentinamente sería insensato y cruel. Prosiga usted con su música. Por las tardes será siempre bien recibido en los aposentos de mi mujer. Pero vaya interpretando piezas más enérgicas. Combine con habilidad los pasajes alegres con los serios, y sobre todo repítale muy a menudo el relato del espectro. La baronesa se irá acostumbrando y olvidará que el fantasma habitaba entre estas paredes, y toda esta historia no tendrá mayor influjo en ella que un cuento de hadas leído en una novela o en un libro de fantasmas. ¡Hágalo así, querido amigo!

Diciendo esto el barón me despidió. Yo salí, completamente aniquilado por dentro, reducido a una criatura tonta y sin importancia. Loco de mí, que había llegado a pensar que los celos agitaban su pecho. «El mismo barón me envía donde Seraphine. Tan sólo ve en mí un instrumento que usar o desechar a conveniencia». Hace unos minutos temía al barón; la conciencia de la culpa permanecía escondida, relegada a un segundo término. Pero esta culpa me hacía sentir claramente esa otra vida más elevada y magnífica para la que estaba yo madurando. Ahora, sin embargo, todo se había sumergido en la oscura noche, y tan sólo podía ver en mí al muchacho necio que, en su absurdidad infantil, confunde con una corona de oro el trozo de papel que se coloca en su cabeza. Me di prisa por llegar donde mi tío, que llevaba ya un buen rato esperándome.

—Bueno, tocayo, ¿dónde te metes? —me preguntó nada más verme.

—He hablado con el barón —le espeté yo rápida y suavemente sin poder mirarle a los ojos.

—¡Por todos los cielos! —exclamó como asombrado—. ¡Por todos los santos! ¡Me lo estaba imaginando ahora mismo! Y seguro que te ha retado en duelo, ¿no,

tocayo?

La carcajada sonora que soltó el viejo inmediatamente después, me demostró que también en esta ocasión había leído en mi interior con toda claridad. Yo apreté los dientes. No me atrevía a decir nada porque sabía muy bien que una sola palabra mía bastaría para que me cubriera con todo tipo de bromas y sarcasmos que veía asomar ya en los labios del viejo.

La baronesa acudió a la mesa vistiendo una bata, de una blancura tan cegadora, que vencía sobre la nieve recién caída. Parecía completamente agotada. No obstante, mientras hablaba suave y melódicamente, levantó sus negros ojos y entonces brilló el dulce y nostálgico anhelo de una oscura pasión, y un rubor fugitivo recorrió su pálido semblante de azucena. Estaba más bella que nunca. ¡Quién desconoce los disparates de un jovencito de sangre caliente en el corazón y en la mente! El amargo resentimiento que tenía contra el barón, lo proyecté ahora sobre la baronesa. Todo me parecía una farsa infame, y pretendía demostrarle a ella que me hallaba en posesión de todas mis facultades y que era perspicaz en extremo. Como un niño enfadado evité a la baronesa y me sustraje a mi perseguidora, Adelheid. Tal como pretendía, fui a parar al final de la mesa entre los dos oficiales, con quienes comencé a empinar bastante el codo. A la hora de los postres brindamos aplicadamente haciendo entrechocar nuestras copas, y, como suele suceder en tales ambientes, me encontraba inusitadamente locuaz y risueño. Un criado me acercó un plato lleno de dulces, diciéndome:

—De parte de la señorita Adelheid.

Yo lo tomé y en seguida me di cuenta de que sobre uno de los bombones estaba escrito con tinta plateada: «¿Y Seraphine?». La sangre se me arremolinó en las venas. Miré hacia Adelheid. Ella me estaba mirando con un gesto sumamente astuto y pícaro. Cogió su copa y me saludó inclinando levemente la cabeza. Casi involuntariamente murmuré: «¡Seraphine!»; cogí mi copa y la vacié de un trago. Mi mirada voló hacia ella y descubrí que había bebido en el mismo instante y que acababa de dejar su copa. Sus ojos se encontraron con los míos, y un malicioso duende me susurró al oído: «¡Infeliz! ¡Pero si ella te quiere todavía!». Uno de los invitados se levantó y, conforme a la costumbre del norte, brindó por la salud de la señora de la casa. Las copas resonaron jubilosamente. Éxtasis y desesperación dividían mi alma. El fuego del vino me inflamaba, todo me daba vueltas. Era como si ante las miradas de todos tuviera que caer rendido a sus pies y exhalar mi vida.

—¿Qué le ocurre, amigo?

Esta pregunta de mi vecino de mesa hizo que volviera en mí, pero Seraphine había desaparecido. Nos levantamos de la mesa. Yo quería salir de allí, pero Adelheid me sujetó firmemente y me comenzó a hablar. Yo escuchaba pero no entendía una sola palabra. Me cogió las dos manos y, entre risa y risa, me dijo algo al oído. Como paralizado por una catalepsia, permanecí mudo e inmóvil. Sólo sé que finalmente, y por pura inercia, cogí una copita de licor de la mano de Adelheid y me la bebí entera,

que luego me encontré solo en una ventana, que salí precipitadamente del salón, bajé las escaleras y corrí hacia el bosque. La nieve caía en densos copos, los pinos suspiraban movidos por la tormenta; como un loco iba dando vueltas riendo y gritando ruidosamente: «¡Mirad, mirad! ¡Vaya, vaya! ¡Y el diablo baila su San Vito con el muchachito que comerse pensaba los frutos prohibidos!». Quién sabe cómo habría acabado este espectáculo si no hubiera escuchado pronunciar mi nombre a gritos a través del bosque. La tormenta había remitido. La luna brillaba clara por entre las desgarradas nubes. Escuché ladrar a los dogos y divisé una oscura figura que se acercaba a mí. Era el viejo montero mayor.

—¡Ay, ay, querido señor Theodor! —comenzó diciendo—, ¿pero cómo se ha perdido usted en medio de esta horrible tormenta de nieve? El señor procurador le está esperando a usted muy impaciente.

Seguí al anciano en silencio. Encontré a mi tío abuelo trabajando en la sala de audiencias.

—Has hecho bien —dijo al verme—, has hecho bien en salir a tomar un poco el fresco y airearte como es debido. No bebas tanto vino, eres todavía demasiado joven para eso, y no conduce a nada.

No me salía ninguna palabra y así, callado, me senté al escritorio.

—Pero dime solamente, querido tocayo, ¿qué quería realmente el barón de ti?

Le conté todo y terminé diciendo que no quería prestarme al dudoso tratamiento que había propuesto el barón.

—No serviría tampoco de mucho —me interrumpió el viejo—. ¡Mañana mismo nos vamos a primera hora, querido tocayo!

Así fue, y no volví a ver a Seraphine jamás.

Apenas llegados a K. comenzó a quejarse mi tío abuelo diciendo que jamás se había sentido tan cansado como en ese incómodo viaje. Su silencio huraño, interrumpido únicamente por los súbitos arrebatos de mal humor, anunciaba la vuelta de sus ataques de gota. Un día me llamaron urgentemente. Encontré al viejo aquejado de un ataque, tendido sobre el lecho, sin habla y apretando fuertemente con un puño cerrado una carta arrugada. Reconocí la letra del inspector de R. Sin embargo, dolido como estaba en lo más profundo, no me atreví a arrancársela de la mano. No dudaba de su cercana muerte.

Pero no, antes de que llegara el médico volvió a recuperar las pulsaciones. La naturaleza admirablemente fuerte del anciano de setenta años se resistía al ataque mortal. Ese mismo día el médico le declaró fuera de peligro. El invierno fue uno de los más duros y tenaces de entonces. Le siguió una triste y fría primavera, y así el viejo, no tanto por las consecuencias de aquel ataque o por los achaques de gota, sino con el ánimo de protegerse de aquel adverso clima, pasó un largo tiempo en cama. Fue entonces cuando decidió dejar todas sus ocupaciones. Traspasó su consultoría jurídica, y con ello se desvaneció la última esperanza que tenía yo de volver algún día a R. El viejo sólo soportaba mis cuidados; sólo estaba dispuesto a hablar y a

entretenerse conmigo. Pero, si bien en los ratos en los que mitigaba el dolor volvía a su natural alegre, rebosante de humor e ingenio, y aunque hablábamos de muchas anécdotas de caza en las que no veía yo el momento de rememorar mi hazaña con el feroz lobo, a pesar de todo, nunca, nunca mencionaba nuestra estancia en R., y es fácil comprender que yo, por un natural respeto, me cuidaba mucho de sacar a relucir el tema. Las preocupaciones y los continuos cuidados por el viejo habían llevado la imagen de Seraphine a un segundo plano. Pero en cuanto empezó a remitir su enfermedad, me vino muy vívido el recuerdo de aquel momento en el aposento de la baronesa, momento luminoso como una estrella eternamente apagada para mí. Un suceso, semejante a una visión de ultratumba, hizo brotar en mí nuevamente todo el dolor sentido, agitándome con terribles escalofríos. Una tarde, al abrir la cartera que había llevado a R. y hojear entre los papeles, descubrí un rizo oscuro atado con una cinta blanca. Reconocí de inmediato el cabello de Seraphine. Pero observando más atentamente la cinta, pude ver con claridad la huella de una gota de sangre. Tal vez Adelheid, en aquellos instantes de locura inconsciente que me sobrevino el último día, hizo llegar hábilmente hasta mí este recuerdo. Pero ¿por qué esa gota de sangre que me hacía presagiar algo terrible, y que iba convirtiendo el detalle bucólico de la prenda en la advertencia fatal de una pasión que podía arrastrar mucha sangre consigo? Se trataba de aquella cinta blanca de la primera vez que sentí cerca de mí a Seraphine, que ondeaba libre y juguetonamente, y en la que los oscuros poderes habían impreso ahora la señal de una mortal herida. ¡Nada de armas para el muchachito que ni presiente el peligro que conllevan!

Por fin cesaron las furiosas tormentas de primavera. El verano hizo valer sus fueros, y si antes lo insoportable era el frío, ahora, a principios de julio, lo era el calor sofocante. El viejo dio evidentes signos de mejoría y se mudó, como solía hacer siempre, a una casa con jardín, en las afueras. Una tarde templada y tranquila nos sentamos en la glorieta, rebosante del aroma de jazmín. Mi tío estaba de un alegre desconocido, pero no de una alegría sarcástica como de costumbre, sino suave, casi delicada.

—Tocayo —comenzó a decir—, no sé qué me pasa pero me encuentro como hacía tiempo que no me encontraba, disfruto de una cálida sensación de bienestar. Creo que es el anuncio de la muerte.

Yo me esforcé por arrancarle de esos sombríos pensamientos.

—¡Déjalo ya, tocayo! No me queda mucho tiempo ya por aquí abajo y va siendo hora de que te pague una deuda. ¿Recuerdas aún el otoño que pasamos en R.?

La pregunta del viejo me atravesó como un rayo, pero antes de que pudiera responder prosiguió él:

—El cielo quiso que, contra tu voluntad y de una manera muy particular, fueras iniciado en los secretos más profundos de aquella casa. Ahora es el momento de que conozcas todo a fondo. Con bastante frecuencia, tocayo, hemos hablado de cosas que tú has presentido más que entendido. La naturaleza representa simbólicamente el

ciclo de la vida humana en el cambio de las estaciones. Se ha hablado mucho de este tema, pero yo lo interpreto de una manera distinta a todos. Las nieblas de la primavera se disipan, los vahos del verano se evaporan, y sólo el éter puro del otoño puede mostrar con claridad el lejano paisaje, hasta que nuestra presencia en este mundo se sumerge en la noche del invierno. Quiero decir que la clarividencia que se adquiere con la edad, nos muestra nítidamente el reino de las fuerzas inescrutables. Nos es dado alcanzar con la mirada la tierra prometida hacia la cual peregrinamos cumplido el trámite de la muerte. ¡Qué claro veo en estos momentos el oscuro destino de esa casa a la que me unían lazos y vínculos tan fuertemente entrelazados como sólo son posibles dentro de una familia! ¡Con qué lucidez entiendo todo ahora! Sin embargo, a pesar de verlo y comprenderlo todo, no puedo relatártelo con palabras; no hay lenguaje humano capaz de explicar el sentido último. Escucha hijo mío esto que ahora te cuento como una historia extraña y que bien pudo suceder. Guarda en lo más profundo de ti esta enseñanza: que las secretas relaciones a las que te aventuraste, quizás no sin ser llamado, podrían haberte malogrado, pero ¡ya pasó todo!

La historia del mayorazgo de R., que el viejo se puso a contarme ahora, la conservo impresa de manera tan fiel en la memoria que casi puedo repetirla con sus mismas palabras (él hablaba de sí en tercera persona).

Una noche tormentosa de otoño del año 1760, un estruendo horrible despertó de su profundo sueño a la servidumbre de la casa de R. Parecía como si se hubiera desplomado la mansión entera convirtiéndose en un montón de escombros. En un instante todo el mundo se puso en pie y se encendieron los candelabros. Con una expresión de terror y miedo en el rostro cadavérico jadeaba el mayordomo portando un manojo de llaves. Cada vez era mayor el asombro y el sobresalto al chirriar pesada y sostenidamente los cerrojos. El ruido de pisadas se repetía como un eco espantoso a través de pasillos, salas y aposentos en completo orden. Nada, por ninguna parte el menor indicio de un derrumbamiento. Un presentimiento funesto se apoderó del mayordomo de la casa. Subió las escaleras hacia la gran sala de ceremonias en uno de cuyos gabinetes solía descansar el barón Roderich von R. después de entregarse a sus observaciones astronómicas.

Entre la puerta de este gabinete y de otro contiguo había un portón que, a través de un estrecho pasillo, conducía directamente a la torre del observatorio. Pero nada más abrir este portón, Daniel (que así se llamaba el mayordomo) se vio cubierto por una nube de escombros y polvo que la tormenta le arrojaba encima, aullando de tal manera que, lleno de terror, retrocedió rápidamente unos pasos dejando caer el candelabro cuyas velas se apagaron en un largo crepitar. Exclamó a voz en grito:

—¡Oh, Señor del cielo! ¡Miseria! ¡Qué muerte más infame!

Al instante se escucharon exclamaciones de pena que provenían del gabinete dormitorio del barón. Daniel encontró al resto de los criados reunidos alrededor del cadáver de su señor. Vestido más elegantemente que nunca y con una expresión de sosegada seriedad en el inalterable rostro, lo encontraron sentado en un sillón grande

y ricamente adornado, como si reposara después de un pesado trabajo. Era, sin embargo, el reposo de la muerte. Cuando se hizo de día descubrieron que la cúpula de la torre se había desplomado. Los grandes sillares habían sacudido el techo y el suelo del observatorio, arrastrando consigo el balcón saliente y derribando con la doble fuerza de la caída la bóveda inferior y una parte del muro exterior y del pasadizo. No se podía dar un solo paso a través del portón de la sala sin peligro de precipitarse al vacío en una caída de veinticinco metros de altura por lo menos.

El viejo barón había previsto incluso la hora de su muerte y así se lo había hecho saber a sus hijos. Por esta razón, justo al día siguiente apareció Wolfgang, barón de R., primogénito del difunto, y por consiguiente señor del mayorazgo. Haciendo caso tal vez a la premonición de su anciano padre abandonó Viena, en donde se encontraba de paso, nada más recibir el funesto mensaje, y se apresuró por llegar cuanto antes a R. El mayordomo había decorado con crespones negros el gran salón de audiencias y dispuesto el cuerpo del viejo barón sobre un soberbio catafalco rodeado de grandes candelabros de plata con todas sus velas encendidas. Wolfgang subió en silencio las escaleras, entró en la sala y se acercó al cadáver. Allí permaneció de pie, los brazos cruzados sobre el pecho, el ceño fruncido y la mirada fija y sombría, contemplando el blanco semblante del padre. Parecía una estatua. No brotó ni una lágrima de sus ojos. Finalmente, con un movimiento casi convulsivo, extendió el brazo derecho hacia el cadáver y murmuró en un tono bronco:

—¿Te forzaron los astros a hacer desdichado al hijo que amabas?

Juntando las manos dio un paso atrás y lanzó una mirada a lo alto mientras decía:

—¡Pobre viejo loco! ¡Ya acabaron por fin la farsa carnavalesca y las fantochadas! ¡Quizá descubras ahora que las míseras posesiones de aquí abajo no tienen nada en común con el más allá al otro lado de las estrellas! ¿Qué voluntad, qué poder impera tras la sepultura? —El barón volvió a enmudecer algunos segundos. Luego exclamó acaloradamente—: ¡No, no! Tu testarudez no me robará ni un ápice de esta felicidad terrenal mía que pretendías destruir.

Y con estas palabras se sacó del bolsillo un papel doblado y lo levantó cogido entre dos dedos hacia el cirio encendido más próximo al cadáver. El papel prendió y el resplandor de la llama se reflejó en el rostro del difunto en un juego de claros y sombras que parecía dar movimiento a sus facciones, como si el viejo pronunciara unas palabras ininteligibles. La servidumbre, un poco distante, se estremeció de terror y espanto ante esa visión. El barón completó su gesto con toda tranquilidad dejando caer al suelo el último resto de papel y extinguiendo las llamas cuidadosamente con el pie. Luego lanzó una mirada aún más sombría a su padre y se apresuró a salir de la sala a grandes pasos.

Al día siguiente, Daniel explicó al barón los detalles del derrumbamiento de la torre ocurrido recientemente e ilustró con muchas frases los acontecimientos que rodearon la muerte del bendito señor, concluyendo que lo más conveniente sería hacer reparar la torre inmediatamente pues, de seguir los derrumbamientos, toda la

mansión correría el peligro si no de caer reducida a escombros sí, sin embargo, de ser dañada fuertemente.

—¿Reparar la torre? —replicó el barón al viejo criado con una mirada fulminante y airada—. ¿Reparar la torre? ¡Jamás! —Luego prosiguió en un tono más relajado—: ¿No te das cuenta, viejo, de que la torre no pudo venirse abajo así, sin más, de que mi padre deseaba la destrucción del lugar en el que realizaba sus astrologías y de que había llegado a encontrar la clave de ciertos mecanismos que le posibilitaron, a su voluntad, el control de la caída de la cúpula de la torre y con ella de todo lo demás? Pero que sea como él quiera, poco me importa si se viene abajo toda la mansión. ¿Creéis que voy a habitar este inquietante nido de lechuzas? ¡No! Aquel prudente antepasado mío que mandó colocar los fundamentos para un nuevo palacio en el hermoso valle, es un ejemplo para mí y voy a secundarle.

—Así pues —dijo Daniel a media voz—, los viejos y fieles servidores tendremos que ir preparando el hatillo.

—Es evidente —replicó el barón—, que no voy a dejarme servir por inútiles ancianos renqueantes, pero no echaré a nadie a la calle. El pan del retiro también lo degustaréis sin trabajar.

—¡Y dejarme a mí —exclamó el viejo con todo el dolor—, a mí, al mayordomo de la casa, fuera de servicio!

Entonces el barón, que ya le había dado la espalda al viejo con la intención de abandonar la sala, se giró repentinamente rojo de ira y extendió un puño amenazador. Se acercó hasta el viejo y gritó con una voz temible:

—¡A ti, miserable hipócrita que asistías a mi padre en esas terribles prácticas ahí arriba, pegado a su corazón como un vampiro y aprovechando tal vez la locura del viejo para llevar a cabo algún plan siniestro, engendrando en él esos endemoniados proyectos que me han llevado al borde del abismo…, a ti debería echarte afuera como a un perro sarnoso!

El viejo, asustado por estas terribles palabras, se arrodilló a los pies del barón y entonces, de manera tal vez involuntaria, como sucede a menudo en los accesos de ira, que el cuerpo obedece al pensamiento por inercia y realiza los gestos que sólo han sido pensados, el caso es que al pronunciar estas últimas palabras, el barón sacudió el pie derecho dándole al viejo un golpe tan fuerte en el pecho que cayó al suelo profiriendo un grito ahogado. Se pudo alzar con muchos esfuerzos y al tiempo que emitía un sonido especial, parecido al lamento prolongado de un animal herido de muerte, dirigió al barón una mirada penetrante que irradiaba ira y desesperación. La bolsa con dinero que el barón le arrojó al marcharse, la dejó intacta sobre el suelo.

Entretanto fueron llegando los parientes más próximos que se encontraban en la región. El viejo barón fue enterrado suntuosamente en la cripta familiar situada en la iglesia de R. Al marcharse los invitados, el nuevo señor del mayorazgo, dejando su talante sombrío, pareció alegrarse mucho de las posesiones adquiridas. Junto a V., el procurador y asesor jurídico del difunto barón, a quien también él había otorgado su

plena confianza bastando únicamente la palabra para confirmarle en su cargo, repasó con todo detalle las cuentas sobre los ingresos del mayorazgo, y se puso a calcular qué parte podría ser destinada a la restauración y construcción del nuevo palacio. V. opinaba que era imposible que el viejo barón hubiera consumido todos sus ingresos anuales, y dado que sólo había aparecido entre las escrituras algún que otro capital insignificante con notificación bancaria, dejando aparte los poco más de mil táleros encontrados en un cofre de hierro, era seguro que debía haber dinero escondido por alguna parte. Y quién podía saber algo sino Daniel, quien obstinado como era, tal vez sólo esperaba que se le preguntara sobre la cuestión. El barón estaba no poco preocupado de que Daniel, a quien había ofendido gravemente, no revelara el escondrijo y dejara pudrirse los tesoros escondidos. Temía que el mayordomo actuara de este modo no tanto por codicia, porque ¿de qué podría servirle tanto dinero a él, un pobre anciano sin descendencia, que aspiraba a acabar sus días en la casa solariega de R.?, sino más bien por espíritu de venganza frente al oprobio sufrido. Relató con todo lujo de detalles a V. la escena completa con Daniel, justificándola en el hecho de haber recibido de distintas fuentes la noticia de que el mayordomo había sabido inculcar en el viejo barón esa inexplicable aversión a ver reunidos a sus hijos en R. El procurador declaró completamente falsa esta noticia ya que en su opinión nadie en el mundo habría sido capaz de distraer la atención del barón de sus proyectos, y mucho menos de dirigir esa atención, y tomó además para sí la misión de sonsacarle a Daniel el secreto del rincón oculto donde estaba el dinero. No fue necesaria tal cosa, porque nada más comenzar a preguntar el procurador: «Pero ¿cómo puede ser, Daniel, que el barón dejara tan poco dinero en metálico?», replicó éste con una sonrisa forzada: «¿Se refiere, señor procurador, a los miserables táleros del cofrecito? El resto está bajo la bóveda que hay junto al gabinete dormitorio del antiguo señor. Pero lo mejor», prosiguió diciendo mientras su sonrisa se iba deformando en una risa sarcástica, enrojeciéndosele los ojos en una mirada fulgurante, «¡pero lo mejor, varios miles de monedas de oro están allá abajo enterradas bajo los escombros!». El procurador llamó inmediatamente al barón y se dirigieron todos al gabinete dormitorio. Daniel movió el revestimiento de madera en uno de los rincones de la pared y apareció entonces un cerrojo. Mientras el barón, fijando su ávida mirada en la cerradura, se sacaba del bolsillo el manojo de llaves, y con mucho ruido iba probando una tras otra en el reluciente cerrojo, allí estaba Daniel, erguido, mirando con un desprecio altivo al barón, que se había inclinado para poder examinar mejor la cerradura. Con un semblante de muerto, dijo con voz temblorosa:

—Si soy un perro, su excelencia, también sé mantener en mí la fidelidad del perro.

Al tiempo que pronunciaba estas palabras le alcanzó al barón una lustrosa llave de acero. El barón se la arrancó de las manos en un arrebato de codicia, y abrió la puerta sin dificultad. Entraron en un recinto pequeño y de bóveda muy baja, en el que había un gran baúl de hierro con la tapa abierta. Sobre los numerosos sacos de dinero había

una nota. El viejo barón, con sus conocidos trazos de una escritura en desuso, había escrito en ella:

> Ciento cincuenta mil táleros imperiales en viejos federicos de oro[15], dinero ahorrado procedente de los ingresos del mayorazgo de R., que deben emplearse en la construcción de la mansión. Además, mi sucesor, con los restos de la torre que encontrará derrumbada, deberá edificar un elevado faro en la colina más alta que hay en dirección Este, para bien de los marinos, y hará alimentar su fuego todas las noches.
>
> R., la noche de San Miguel del año 1760.
> Roderich, Barón de R.

Sólo después de haber alzado y dejado caer nuevamente en el baúl todos y cada uno de los sacos y de regocijarse con el tintinear del oro, el barón se giró con un gesto rápido hacia el viejo mayordomo y le agradeció la fidelidad demostrada.

Acabó asegurándole que se había comportado tan mal con él al principio por culpa de unos rumores difamatorios, y que no sólo podía quedarse en la mansión, sino que además recibiría doble sueldo por desempeñar completamente sus funciones como mayordomo.

—Te debo una completa indemnización. Así que si quieres oro coge uno de esos sacos.

El barón concluyó así su charla. Bajó la vista y se colocó ante el viejo señalando hacia el baúl con la mano, mientras todavía contaba, susurrando, el número de sacos.

El viejo se sonrojó de repente y profirió un terrible lamento, parecido al alarido de un animal herido de muerte, tal como el barón le había descrito al procurador.

Éste se estremeció, puesto que lo que el viejo había pronunciado entre dientes sonaba algo así como: «¡Sangre por oro!». El barón, sumido en la contemplación del tesoro, no se apercibió de nada. Daniel, sacudido como por escalofríos de fiebre, se acercó al barón con la cabeza gacha en un gesto de subordinación. Le besó la mano y dijo con una voz lastimera, llevándose el pañuelo a los ojos como si enjugara sus lágrimas:

—¡Ay, mi buen señor, qué voy a hacer yo con el oro si soy un pobre anciano sin hijos! Pero lo del sueldo doble lo acepto con alegría y seguiré desempeñando mi cargo sin desfallecer.

El barón, que no prestaba ningún interés especial a las palabras del viejo, dejó caer la pesada tapa del baúl haciendo retumbar toda la bóveda. Mientras lo cerraba, retirando cuidadosamente la llave, dijo:

—¡Está bien, está bien, viejo! Pero también —prosiguió entrados ya en la sala—, pero también dijiste algo sobre un montón de monedas de oro que yacen allá abajo.

El viejo se acercó en silencio al portón y lo abrió haciendo un gran esfuerzo. Pero nada más abrir los batientes, la tormenta arrastró gruesos copos de nieve hacia el interior de la sala. Un cuervo comenzó a graznar y aletear de un lado a otro, golpeando con sus negras alas contra la ventana hasta que dio con el portón abierto y se precipitó al abismo. El barón salió a la galería pero retrocedió estremecido en cuanto vislumbró la altura.

—Una vista horrible. ¡Qué vértigo! —balbució, y cayó como desvanecido en brazos del procurador.

Se recompuso sin embargo de inmediato y le preguntó al viejo lanzándole miradas penetrantes:

—¿Y allí abajo?

Entretanto, Daniel había cerrado nuevamente el portón y empleaba ahora toda su fuerza, jadeando y gimiendo, para poder sacar la pesada llave del cerrojo oxidado. Cuando al fin terminó, se giró en dirección al barón y dijo sonriendo extrañamente y tanteando las llaves con la mano:

—Sí, ahí abajo hay miles y miles. Los magníficos instrumentos del difunto señor, telescopio, cuadrantes, esferas celestes. ¡Todo yace hecho pedazos entre los escombros!

—Pero, dinero, monedas —le interrumpió el barón—, ¿no hablabas de monedas de oro, viejo?

—Yo sólo me refería —replicó Daniel— a objetos que habían costado muchos miles de monedas de oro.

Más no fue posible sonsacarle al mayordomo.

El barón se mostraba ahora sumamente satisfecho, por cuanto había conseguido todo lo que necesitaba para llevar a cabo su plan favorito, esto es, la construcción de un nuevo y soberbio palacio. El procurador opinaba que, conforme a la voluntad del difunto, debía repararse el antiguo palacio y concluir definitivamente sus obras, y que, de hecho, la nueva construcción difícilmente podría alcanzar la memorable grandeza, el sobrio y sencillo carácter de la vieja mansión. No obstante, el barón permanecía firme en su resolución y opinaba que tales disposiciones testamentarias no tenían carácter vinculante ya que no se contemplaban en el acta de fundación. Al mismo tiempo dio a entender que era una obligación para él embellecer la estancia en R. hasta donde lo permitían el clima, la tierra y los alrededores, puesto que tenía la intención de traer a vivir aquí, en breve, a la mujer de su vida, a su adorada, digna por completo de los mayores sacrificios.

La misteriosa manera con la que el barón se expresó acerca de su posible matrimonio, tal vez consumado ya en secreto, dejó atónito al procurador. Con todo, la firme decisión del barón le tranquilizó ya que creyó ver en su afán de riquezas no tanto la codicia como el ansia por hacerle más llevadera a la persona amada la nostalgia de la tierra que debía dejar atrás. Por fuerza tenía que considerar avaricioso o cuando menos irresistiblemente codicioso al barón, quien, ávido de riquezas y

especialmente interesado por los antiguos federicos de oro, no pudo reprimir este comentario malhumorado:

—Ese viejo bribón seguro que nos ha silenciado dónde se encuentra la mayor parte del tesoro, pero la primavera que viene mandaré remover y limpiar los escombros ante mis propios ojos.

Llegaron arquitectos con quienes el barón reflexionó prolijamente sobre las fórmulas más convenientes para la construcción. Fue desechando proyecto tras proyecto, ninguna arquitectura le parecía lo bastante suntuosa. Así que él mismo se puso a dibujar los planos y, distraído con esta ocupación que le hacía vislumbrar un porvenir feliz, se volvió alegre, de un humor que rayaba con frecuencia el desenfreno y que sabía transmitir a todos los demás. Su generosidad y la opulencia de sus banquetes desmentían al menos aquella sospecha de avaricia. Incluso Daniel parecía haber olvidado del todo aquel incidente que tuvo con él. Se comportaba silencioso y obediente frente al barón quien, a menudo, le miraba con desconfianza por lo del tesoro. Pero lo que a todos sorprendía era que el viejo parecía rejuvenecer día a día. Tal vez la pena por su antiguo señor le había afectado profundamente y sólo ahora comenzaba a consolarse de la pérdida. Pero quizás se debiera también al hecho de que ya no pasaba en la torre aquellas frías noches en vela junto a su señor, y de que podía disfrutar de mejores platos y de buen vino a su antojo. Fuese lo que fuese, el anciano parecía tornarse un hombre robusto de buenos carrillos y de buenas carnes, pisando con fuerza y riendo a carcajadas todas las bromas. La alegre vida en R. se vio interrumpida por la llegada de un hombre del que se habría dicho que amaba precisamente el bullicio. Este hombre era Hubert, el hermano menor de Wolfgang, quien, al verlo, palideció de muerte y exclamó colérico:

—¡Desdichado!, ¿a qué vienes aquí?

Hubert iba a abrazar al hermano, pero éste lo tomó del brazo y se lo llevó escaleras arriba a una habitación alejada en la que se encerró con él. Así transcurrieron algunas horas hasta que finalmente bajó Hubert muy alterado pidiendo sus caballos.

El procurador se cruzó en su camino, pero aquél hizo el gesto de pasar de largo; V., presintiendo que esta querella entre hermanos podía tener un final terrible, le rogó que demorara su partida unas horas por lo menos. En ese mismo instante apareció el barón bajando las escaleras y gritando:

—¡Quédate aquí, Hubert! ¡Ya cambiarás de opinión!

Los ojos de Hubert se serenaron, su semblante se recompuso. Después de quitarse de un tirón su lujoso abrigo de piel y de arrojárselo al criado, le dio la mano a V. Mientras caminaban hacia los aposentos, se puso a hablar con él, sonriendo sarcásticamente.

—¡Vaya!, así que el señor del mayorazgo se digna a soportarme.

V. le comentó que ese malentendido actual, fruto de la distancia y de la poca relación entre ambos, se solucionaría con toda seguridad. Hubert cogió las tenazas de

acero que estaban junto a la chimenea y dando golpes a un tronco humeante y avivando el fuego le contestó:

—Se habrá dado cuenta usted, señor procurador, de que soy un hombre de bien y mañoso en los trabajos domésticos. Pero Wolfgang está lleno de los prejuicios más increíbles, y es… un tacaño.

V. no consideró conveniente entrar en más detalles sobre la relación de los dos hermanos, toda vez que el rostro de Hubert, su conducta y su tono delataban con toda claridad a un hombre destrozado en lo más hondo por pasiones de todo tipo.

V. subió ya entrada la noche al aposento del barón para escuchar las propuestas de este sobre algún asunto concerniente al mayorazgo. Lo encontró con los brazos cruzados a la espalda, alterado, y midiendo la habitación con pasos largos. Paró cuando por fin se apercibió de la presencia del procurador. Le tomó ambas manos y mirándolo sombrío a los ojos le dijo con voz quebrada:

—¡Ha llegado mi hermano! Ya sé —prosiguió apenas V. hizo el gesto de querer hablar—, ya sé lo que va usted a decirme. ¡Ah!, pero usted no sabe nada. No sabe que mi desgraciado hermano… Sí, sólo diré de él que es un desgraciado, me cierra por todas partes el paso y turba mi paz, como un espíritu maligno. No fue por él que yo no acabé convirtiéndome en una persona indeciblemente desdichada. Hizo todo lo posible, pero el cielo no lo quiso. Desde que se instituyó el mayorazgo me persigue y me odia a muerte. Me envidia esta propiedad que, de estar en sus manos, volaría como una brizna de paja. Es el derrochador más insensato que ha existido nunca. Sus deudas exceden con mucho la mitad del patrimonio libre de Curland que le corresponde. Y ahora, perseguido y atormentado por sus acreedores, se apresura a venir aquí a pedir limosna.

—Y usted, su hermano, se niega —iba a interrumpirle V., pero el barón, soltándole las manos y dando un paso atrás, exclamó aún más alto y en tono violento:

—¡Un momento! ¡Sí, me niego! ¡No le daré un solo tálero de los ingresos del mayorazgo, no puedo! Pero escuche la propuesta que le he hecho al insensato en vano hace pocas horas, y luego juzgue mi apreciación del deber. Nuestro patrimonio libre en Curland es, como usted sabe, considerable. Voy a renunciar a la mitad que me corresponde, pero en beneficio de su familia. Hubert está casado con una mujer humilde y bella. Le ha dado hijos y ella vive con ellos en la miseria. Alguien debería administrar sus bienes, asignándole de la partida de ingresos el dinero necesario para la manutención de la familia, y satisfacer a los acreedores mediante un acuerdo. ¡Pero qué le importa a él una vida tranquila y libre de preocupaciones! ¡Qué le importan a él su mujer y sus hijos! ¡Dinero, grandes sumas de dinero contante y sonante es lo que quiere para derrocharlo en infames frivolidades! ¿Quién demonios le habrá soplado el secreto de los ciento cincuenta mil táleros? Y exige con un razonamiento absurdo la mitad de esa cantidad, afirmando que ese dinero habría que considerarlo como patrimonio libre separándolo del mayorazgo. ¡Tengo que negárselo y así lo haré, pero tengo el presentimiento de que está urdiendo mi perdición!

Por mucho que V. se esforzó por disipar las sospechas del barón hacia su hermano valiéndose de argumentos muy generales de orden moral y bastante superficiales, debido al poco conocimiento que tenía de las circunstancias, no logró su propósito de ningún modo. El barón le pidió que se encargara de negociar con el codicioso Hubert, su rival. V. lo hizo con toda la cautela posible y se alegró no poco cuando Hubert declaró finalmente:

—De acuerdo, acepto la propuesta del señor del mayorazgo, bajo la condición, sin embargo, de que me adelante mil federicos de oro puesto que, debido al duro acoso de mis acreedores, estoy a punto de perder para siempre mi honor y mi reputación. También le exijo que me permita residir en el futuro, al menos durante un tiempo, en la hermosa mansión de R., en la casa del generoso hermano.

—¡Jamás! —prorrumpió el barón en un grito nada más transmitirle V. la propuesta de su hermano—. ¡No permitiré nunca que Hubert permanezca en mi casa ni un minuto en cuanto haya traído aquí a mi mujer! Vaya usted, caro amigo mío, y dígale a ese agitador que tendrá dos mil federicos de oro, pero no como adelanto, no, de regalo, pero que se marche, ¡que se vaya!

V. se enteró así, de repente, de que el barón se había casado sin conocimiento del padre, y que esta boda debía de ser también la causa de la querella entre los hermanos. Hubert escuchó al procurador con una pose orgullosa y serena, y al acabar este dijo en un tono tétrico:

—¡Lo meditaré, pero por lo pronto me quedo algunos días aquí!

V. se esforzó por explicar al poco satisfecho Hubert, que el barón, al cederle su parte del patrimonio libre, hacía todo lo que estaba en sus manos para indemnizarle, y que no tenía motivo alguno para quejarse de él, si bien reconocía que esa institución, al favorecer tanto al primogénito y dejar a los demás hijos en un segundo plano, tenía un componente malicioso.

Hubert, como si tuviera el pecho oprimido y quisiera respirar mejor, se desabrochó de un tirón el chaleco. Llevándose una mano al pecho y poniendo la otra en jarra, dio un giro sobre un pie, como en un rápido paso de baile, y exclamó con una voz punzante:

—¡Bah! ¡La malicia nace del odio! —Luego soltó una carcajada estridente, y dijo —: ¡Qué magnanimidad la del señor del mayorazgo, arrojándole sus monedas de oro al pobre mendigo!

V. se dio cuenta entonces de que no podía hablarse de una completa reconciliación entre ambos hermanos.

Hubert se instaló en los aposentos del ala lateral de la mansión que le habían asignado, disponiéndose, para disgusto del barón, a permanecer allí una buena temporada. Todos notaban cómo se hacían cada vez más frecuentes sus charlas con el mayordomo y cómo incluso éste, en ocasiones, le acompañaba en las cacerías de lobos. Por lo demás se dejaba ver poco y evitaba por completo encontrarse con el hermano a solas, hecho que convenía a éste. V. sentía la opresión de una relación

semejante. Incluso tuvo que admitir que ese estilo tan especial e inquietante de Hubert se manifestaba en todo lo que decía y hacía destruyendo premeditadamente toda alegría. Comprendió entonces el pánico del barón cuando vio aparecer a su hermano.

V. estaba sentado a solas en la sala de audiencias, metido entre actas, cuando entró Hubert, más serio y reposado que nunca, hablando casi con melancolía:

—Acepto las últimas propuestas de mi hermano. Efectúe usted los trámites necesarios para que pueda recibir hoy mismo los dos mil federicos de oro. Me marcho esta noche… a caballo… completamente solo.

—¿Con el dinero? —preguntó V.

—Sí, tiene usted razón —replicó Hubert—. ¡Ya sé, lo dice usted por la carga! ¡Extiéndalo en letras de cambio a nombre de Isaac Lazarus, en K.! Esta misma noche me marcho a K. Algo me empuja a irme lejos de aquí. ¡El viejo ha empleado algún sortilegio y ha invocado a sus espíritus malignos aquí dentro!

—¿Habla usted de su padre, señor barón? —le preguntó V. muy serio.

Los labios de Hubert comenzaron a temblar. Se apoyó firmemente en una silla para no caer, pero recomponiéndose repentinamente exclamó:

—Así que hoy mismo, señor procurador.

Y se fue hacia la puerta con paso vacilante y no sin esfuerzo.

—Por fin ve con claridad que no es posible el engaño y que no puede hacer nada contra mi firme voluntad —dijo el barón mientras extendía las letras de cambio a nombre de Isaac Lazarus, de K.

Su pecho se alivió al saber que se marchaba su hermano. Hacía tiempo que no se sentía tan feliz como en la cena de esa noche. Hubert mandó transmitir sus disculpas. Todos le echaron con gusto de menos.

V. se alojaba en una habitación algo apartada cuyas ventanas daban al patio de la mansión. Por la noche se despertó con un sobresalto. Le pareció que un quejido lejano y lastimero le había arrancado del sueño. Pero por más que se puso a escuchar, todo permanecía envuelto en un silencio sepulcral y por eso consideró que los sonidos que habían escuchado sus oídos eran una ilusión creada en su sueño. Sin embargo, un sentimiento particular, mezcla de espanto y de miedo, se apoderó de él de tal manera, que no pudo quedarse quieto en la cama. Se levantó y se acercó a la ventana. Unos instantes después se abrió la puerta de la mansión y salió una figura caminando por el patio, llevando una vela encendida en una mano. V. identificó esa figura con la del viejo Daniel y vio como éste abría la puerta del establo, entraba en él y al poco rato sacaba un caballo ensillado. En ese momento surgió de la penumbra una segunda figura envuelta en un abrigo de piel y tocada con una gorra de zorro. V. reconoció a Hubert quien, durante algunos minutos, habló con Daniel en un tono muy expresivo, retirándose después. Daniel llevó el caballo de vuelta al establo. Cerró con llave y lo mismo hizo con la puerta de la mansión después de recorrer el patio como antes. Hubert había querido partir a caballo pero entonces debió acordarse de alguna

cosa y cambió de opinión, eso era evidente. Pero también lo era el hecho de que Hubert y el viejo mayordomo se hallaban comprometidos seguramente en una alianza inquietante. V. apenas pudo esperar a la mañana siguiente para informar al barón sobre los sucesos de la noche. V. se convenció ahora de que era necesario armarse frente a la malvada confabulación de Hubert, revelada en su alterado comportamiento del día anterior.

A la mañana siguiente, a la hora en la que el barón solía levantarse, V. escuchó el ruido de carreras de un lado para otro, un abrir y cerrar de puertas continuo, voces de alarma y gritos. Salió al pasillo y vio por todas partes a los criados, que sin reparar en su presencia, pasaban a su lado todos pálidos, subiendo y bajando escaleras a toda prisa, entrando y saliendo de las habitaciones. Por fin acabó enterándose de que se echaba en falta al barón y que llevaban ya rato buscándolo en vano. Se había acostado en presencia del montero mayor. Debió de levantarse más tarde y salir de su aposento en bata y zapatillas, y con el candelabro en la mano, pues faltaban justamente esos objetos.

V. corrió preso de una oscura premonición hacia la funesta sala, uno de cuyos gabinetes laterales había elegido Wolfgang, al igual que su padre, como dormitorio. El portón que conducía a la torre estaba de par en par. Consternado en lo más profundo, gritó V. enérgicamente:

—¡Ahí abajo está, destrozado!

Así era. Había nevado y sólo podía distinguirse con claridad el brazo del desdichado, rígido y sobresaliendo entre las piedras. Pasaron muchas horas antes de que los criados, jugándose la vida, pudieran bajar valiéndose de varias escaleras unidas entre sí. Luego alzaron el cadáver con la ayuda de cuerdas. En la convulsión del terror previo a la muerte, el barón había agarrado firmemente el candelabro de plata. La mano que aún lo mantenía sujeto era la única parte intacta de todo su cuerpo. El resto aparecía horriblemente magullado por los numerosos embates contra las afiladas rocas.

Con el semblante desencajado por la desesperación acudió Hubert corriendo en el preciso instante en que colocaban el cadáver de su hermano sobre una mesa ancha, en el mismo lugar en el que semanas atrás había yacido el viejo Roderich. Fulminado por la horrible visión se puso a llorar, diciendo:

—¡Hermano! ¡Pobre hermano mío! ¡No, yo no supliqué nada de esto a los demonios que me atormentaban!

V. se estremeció al escuchar estas confusas palabras. Creyó entender en ellas que Hubert era el asesino de su hermano. Hubert cayó al suelo desmayado. Lo llevaron a su cama y se recuperó bastante pronto después de tomar unos elixires muy fuertes. Completamente pálido y con señales de una oscura pena en su mirada apagada, entró más tarde en la estancia de V. y, mientras se dejaba caer lentamente en un sillón ya que su abatimiento no le permitía permanecer de pie, dijo:

—He deseado la muerte de mi hermano porque nuestro padre le asignó la mejor parte de la herencia por medio de esta maldita institución. Ahora ha tenido una muerte horrible. ¡Yo soy ahora el señor del mayorazgo! Pero estoy anonadado, ya nunca más volveré a ser feliz. Le reafirmo a usted en el cargo. Reciba todos los poderes en lo referente a la administración del mayorazgo, en el que no pienso ni puedo vivir.

Hubert salió de la habitación y pocas horas después ya estaba de camino hacia K. Todo parecía señalar que el desdichado Wolfgang se había levantado de noche con la intención de dirigirse tal vez al otro gabinete en el que había una biblioteca. En su somnoliencia equivocó la puerta, y en lugar de ésta abrió el portón, siguió avanzando y se precipitó abajo. Esta explicación parecía sin embargo muy forzada y artificial. Si el barón no podía dormir y se fue a buscar un libro de la biblioteca para leer, ese detalle excluía toda somnoliencia, pero sólo en un estado así era posible equivocar la puerta del gabinete y abrir el portón en su lugar. Por otra parte, el portón sólo podía abrirse dando vuelta a la llave con toda la fuerza posible.

—¡Ay! —exclamó finalmente el montero del barón, de nombre Franz, una vez que V. hubo explicado todas estas incoherencias ante la servidumbre congregada—: ¡Ay!, estimado señor procurador. No sucedió así.

—¿Cómo, entonces? —le interrumpió V.

Franz, un tipo sincero y fiel que habría seguido a su señor hasta la tumba, no quiso hablar ante los demás guardándose el secreto para confiarlo únicamente al procurador. Por él supo que el barón le había hablado a Franz a menudo de los tesoros enterrados entre los escombros y que, como poseído por un espíritu maligno, abría el portón muchas noches con la llave que Daniel le había tenido que entregar y echaba una mirada ansiosa a la profundidad donde se encontraban las pretendidas riquezas. Seguro entonces que aquella fatal noche el barón, después de dejarle sólo el montero, había ido una vez más hacia la torre, fue presa de un mareo y se despeñó. Daniel, que parecía también muy conmovido por la horrible muerte del barón, opinaba que sería una buena idea mandar tapiar el portón, lo cual se hizo poco tiempo después.

El barón Hubert von R., actual señor del mayorazgo, regresó a Curland y no volvió a dejarse ver por R. V. recibió todos los poderes que eran necesarios para administrar con plena autoridad el mayorazgo. Se abandonó el proyecto de construcción del nuevo palacio y, en su lugar se intentó restaurar lo mejor posible el viejo edificio. Ya habían transcurrido varios años cuando, un otoño, apareció Hubert por primera vez en R. Después de pasar varios días encerrado con V. en sus aposentos, regresó de nuevo a Curland. A su paso por K. depositó su testamento por escrito ante las autoridades del estado confederado.

Durante su estancia en R., el barón, que parecía completamente transformado en lo más profundo de su ser, expresó sus presentimientos de una cercana muerte. Se cumplieron realmente, pues murió un año después. Su hijo, de nombre Hubert, como él, llegó precipitadamente a Curland para tomar posesión del rico mayorazgo. Le

siguieron su madre y su hermana. El jovencito parecía reunir en su persona todos los defectos de sus antecesores. Ya en los primeros momentos de su estancia en R., se mostró orgulloso, colérico, impetuoso y codicioso. Pretendía cambiar inmediatamente muchas de las cosas que no se acomodaban a él y que no le parecían convenientes. Al cocinero lo echó de casa. Intentó azotar al cochero, pero no lo consiguió porque el tipo, robusto como un roble, tuvo la osadía de negarse. En una palabra, estaba decidido y muy a punto de comenzar a representar el papel de señor del mayorazgo, cuando V. le salió al paso con seriedad y firmeza afirmando decididamente que no podía cambiarse ni una silla de su lugar, que de casa no se iba ni el gato si no lo decidía éste por propia voluntad, antes de darse a conocer el testamento.

—Usted está a las órdenes del señor del mayorazgo —comenzó a decir el barón.

V., sin embargo, no dejó terminar al jovencito furibundo. Lleno de rabia y midiéndole con miradas penetrantes le dijo:

—¡No se precipite, señor barón! No tiene usted ningún derecho para gobernar aquí antes de hacerse público el testamento; en este momento soy yo, únicamente yo el señor del lugar y aplastaré toda tiranía con autoridad. Recuerde usted que yo, en virtud de los plenos poderes que ostento como albacea del testamento paterno y en virtud de las disposiciones acordadas, estoy autorizado para negarle a usted la estancia aquí en R., y además le aconsejo a usted, para evitar incidentes desagradables, que se ponga tranquilamente en camino hacia K.

La seriedad del magistrado y el tono decidido con el que se expresó dieron a sus palabras un efecto imponente. De esta manera, el bien armado caballero sintió en su embestida la debilidad de sus armas frente a la fortaleza amurallada y consideró oportuno compensar la humillación sufrida con una carcajada de desprecio mientras se batía en retirada.

Transcurrieron tres meses y llegó el día en que, por voluntad del difunto, debía hacerse la lectura del testamento en K., donde había sido redactado y depositado. Además de los abogados, del barón y de V., se encontraba también en la sala de audiencias un joven de aspecto noble que V. había traído consigo y a quien, por llevar un acta sujeta contra el pecho, se le tuvo por el escribano de V. El barón lo miró, como solía hacer casi con todo el mundo, por encima del hombro, y exigió impetuosamente que se despachara lo más rápido posible esa aburrida y superflua ceremonia, ahorrando discursos y florituras. Expresó asimismo que no comprendía que este asunto de la herencia, al menos en todo aquello que concernía al mayorazgo, dependiera de un testamento y que él haría depender exclusivamente de su voluntad el respeto o no de las disposiciones que se tomaran. Reconoció la firma y el sello de su difunto padre después de echar un vistazo malhumorado sobre los papeles. Luego, mientras el secretario se disponía a la lectura del testamento en voz alta, se puso a mirar por la ventana mostrándose indiferente. Apoyó su brazo derecho con negligencia sobre el respaldo del sillón, y extendió el izquierdo encima de la mesa, tamborileando con los dedos sobre el tapete verde. Tras una corta introducción, el

fallecido barón Hubert von R. explicaba que él nunca había tomado posesión del mayorazgo como auténtico señor sino que lo había administrado en nombre del hijo único del difunto barón Wolfgang von R., de nombre Roderich como su abuelo, y que a éste le correspondía el mayorazgo tras la muerte del padre según la transmisión hereditaria. Las cuentas exactas sobre ingresos y gastos así como el estado actual del patrimonio, etc., se encontraban en su legado.

Wolfgang von R. —explicaba Hubert en su testamento— conoció a Julie von St. Val en un viaje que hizo a Ginebra. Su atracción por esta mujer fue tan pasional que decidió no separarse ya nunca más de ella. Era muy pobre y su familia, aunque perteneciente a la alta nobleza, no era de las más solventes. Justamente por ese motivo no podía esperar el consentimiento del viejo Roderich ya que su mayor aspiración era realzar de todas las maneras posibles el mayorazgo. No obstante, estando en París, se atrevió a revelar al padre su pasión. Pero ocurrió lo previsible y el viejo declaró de manera decidida que ya había elegido él mismo a la prometida del señor del mayorazgo, y que no podía hablarse de ninguna otra. Wolfgang, en lugar de coger el barco hacia Inglaterra tal como debía hacer, regresó a Ginebra bajo el nombre de Born y se casó con Julie, quien, transcurrido un año, le dio el hijo que a la muerte de Wolfgang pasaba a ser señor del mayorazgo. Hubert aludía una serie de motivos por los cuales se había mantenido en silencio tanto tiempo, aun siendo conocedor de este estado de cosas, y expresaba las razones por las que se había hecho pasar él mismo como señor del mayorazgo. Todos estos motivos aducidos hacían referencia a unos acuerdos tomados con Wolfgang en su día. Sin embargo, eran argumentos insuficientes y parecían pura invención.

Atónito, el barón clavó su mirada en el secretario, quien, con voz ronca y monótona, iba pregonando todas estas calamidades. Cuando terminó, V. se levantó, cogió de la mano al joven que había traído consigo y dijo inclinándose hacia los presentes:

—¡Aquí, señores míos, tengo el honor de presentarles al barón Roderich von R., señor del mayorazgo de R.!

El barón Hubert dirigió una mirada al jovencito que, como caído del cielo, venía a quitarle el rico mayorazgo y la mitad del patrimonio libre de Curland. Con una expresión de contenida rabia en su mirada candente, amenazó con el puño cerrado y salió a toda prisa de la sala de audiencias sin poder pronunciar una sola palabra. A requerimiento de los magistrados, el barón Roderich presentó los documentos que debían legitimarlo como la persona por la que se hacía pasar. Entregó el extracto legalizado ante notario de los registros de la iglesia en la que su padre se había casado. En ellos se testimoniaba que en tal y cual fecha Wolfang Born, hombre de negocios, natural de K., había contraído matrimonio canónico con la señorita Julie von St. Val, en presencia de las citadas personas. También entregó su partida de bautismo (había sido bautizado en Ginebra en calidad de hijo del matrimonio legítimo entre el hombre de negocios llamado Born y su esposa Julie, con apellido de

soltera von St. Val) y diversas cartas que su padre le había escrito a la madre, fallecida hacía ya algún tiempo. Éstas aparecían firmadas únicamente con la inicial W.

V. examinó todos estos papeles con un aire sombrío y dijo en un tono bastante preocupado mientras los guardaba de nuevo:

—¡Dios dirá!

Justo al día siguiente, el barón Hubert von R., a través de un abogado elegido de entre sus amigos, presentó un recurso en K. ante las autoridades confederadas, en el que solicitaba nada menos que la entrega inmediata del mayorazgo de R. Era evidente, dijo el abogado, que el difunto barón Hubert von R. no había dispuesto del mayorazgo ni por vía testamentaria ni de ninguna otra manera. Por lo tanto, aquel testamento no era nada más que una declaración escrita y presentada ante un tribunal, en la que se comentaba que el mayorazgo correspondía en herencia a un hijo del barón Wolfgang von R., que todavía vivía. Esa declaración, sin embargo, no tenía mayor valor de prueba que la de cualquier otro testimonio, y no podía legitimar de ningún modo al supuesto barón Roderich von R. Que más bien era asunto de este pretendiente demostrar por vía judicial sus pretendidos derechos de herencia que este recurso desmentía expresamente, y reivindicar el mayorazgo que correspondía actualmente al barón Hubert von R. de acuerdo con la ley de sucesión. A la muerte del padre, las propiedades pasaban directamente a manos del hijo; no se requería, pues, ninguna otra aclaración puesto que no podía renunciarse al traspaso del mayorazgo, y por consiguiente el actual señor del mayorazgo no podía ser molestado en sus propiedades con pretensiones carentes de validez. Los motivos que hubiera tenido el difunto para adjudicar a otra persona el mayorazgo, eran del todo indiferentes, pero se llamaba la atención sobre el hecho de que él mismo, según se deducía de su correspondencia, que podría presentarse como prueba en caso de ser requerida, había tenido algún amorío en Suiza, y que tal vez el supuesto hijo del hermano era el fruto de un amor prohibido, a quien, en un arrebato de arrepentimiento, pretendía hacer donación del rico mayorazgo.

Por más verosímiles que fueran las circunstancias aducidas en el testamento, por más que escandalizara a los jueces la última alusión de la declaración del hijo en la que éste no se avergonzaba siquiera de acusar a su padre de un delito, se consideró correcta sin embargo la exposición detallada en el recurso, y sólo el empeño incansable de V., asegurando firmemente que las pruebas concluyentes que conducirían a la legitimación del barón Roderich von R. iban a llegar en breve, pudo lograr la suspensión temporal del traspaso del mayorazgo y la prolongación de sus funciones administrativas hasta que el asunto quedara listo para sentencia.

V. se daba perfecta cuenta de lo difícil que sería mantener su promesa. Había revisado toda la correspondencia del viejo Roderich sin hallar rastro de una carta o de cualquier otro escrito que hiciera referencia a la relación de Wolfgang con la señorita von St. Val. Se encontraba ahora en la mansión, sentado con aire meditabundo en el

gabinete dormitorio del viejo Roderich, que había registrado por completo. Estaba escribiendo a un notario de Ginebra que le habían recomendado por su ingenio y su capacidad de trabajo, y que debía procurarle algunos datos que arrojarían más luz sobre el asunto del joven barón. Era medianoche y la luna llena brillaba clara en el interior de la sala contigua cuya puerta estaba abierta. Entonces pareció como si alguien subiera lenta y pesadamente las escaleras haciendo tintinear unas llaves. V. se puso a escuchar con atención, se levantó, fue hacia la sala y percibió ahora con mayor claridad que alguien se acercaba por el pasillo hacia la puerta de la sala. Poco después se abrió ésta y entró un hombre en atuendo de noche con el rostro desfigurado y pálido como la muerte, sosteniendo en una mano un candelabro con las velas encendidas y en la otra un pesado manojo de llaves. V. reconoció de inmediato al mayordomo y estaba a punto de preguntarle qué quería a esas horas de la noche cuando le detuvo un frío presentimiento. Todo el ser del viejo, su semblante rígido de muerto, tenía algo de lúgubre y fantasmal. V. se dio cuenta de que tenía ante sí a un sonámbulo. El viejo atravesó la sala con pasos medidos y se fue derecho a la pared tapiada que conducía en otro tiempo a la torre. Se paró justo delante de ella y profirió un alarido desde lo más profundo de su pecho que retumbó de modo tan aterrador por toda la sala que V. no pudo menos que estremecerse de horror. Luego, dejando el candelabro en el suelo y colgándose el manojo de llaves del cinto, comenzó a arañar la pared con ambas manos y pronto comenzó a brotarle la sangre entre las uñas. Al mismo tiempo gemía y suspiraba como atormentado por una congoja indescriptible. De pronto, arrimó el oído a la pared como espiando una conversación, hizo señas con la mano como si quisiera hacer callar a alguien, se agachó, levantó el candelabro del suelo y se fue de vuelta hacia la puerta caminando suavemente sin hacer ruido. V. le siguió con cautela llevando un quinqué en la mano. Bajaron las escaleras. El viejo abrió la gran puerta de la entrada principal de la mansión y V. se deslizó a través con mucha destreza. Se encaminó entonces hacia el establo. Después de colocar hábilmente el candelabro en un lugar donde su luz llegaba suficientemente a todos los rincones sin que existiera peligro de incendio —cosa que llenó de asombro a V.— fue a buscar la silla de montar y los arreos, y, sujetando la cincha y ciñendo los estribos con todo cuidado, aparejó un caballo. Le apartó un mechón de crin con la mano, y chascando con la lengua y dándole unas palmadas en el cuello tiró de las riendas y lo sacó afuera. En el patio permaneció algunos instantes parado y en una posición como si recibiera órdenes a las que respondía asintiendo con la cabeza. Luego condujo el caballo de vuelta al establo, lo desensilló y lo dejó atado. Cogió entonces el candelabro, cerró el establo, regresó a la mansión y desapareció finalmente en su habitación cerrando cuidadosamente los pestillos. V. se sintió conmovido en lo más profundo por toda esta escena. El presentimiento de un hecho espantoso se alzaba ante él como una tétrica aparición infernal, que ya nunca más le abandonó. Comprometido con la crítica situación de su protegido consideró una obligación utilizar al menos lo que había visto para su bien. Al día siguiente, al atardecer, entró

Daniel en su habitación para pedir consejo sobre un asunto relacionado con la casa. V. lo agarró de ambos brazos y comenzó a decirle, al tiempo que le empujaba con confianza hacia el sillón:

—¡Escucha, Daniel, viejo amigo! Hace tiempo que quiero preguntarte tu opinión sobre todo este lío en que nos ha dejado el extraño testamento de Hubert. ¿Crees que el joven es el hijo legítimo de Wolfgang?

El viejo, recostándose en el respaldo del sillón y esquivando la mirada de V., exclamó malhumorado:

—¡Bah! Puede serlo pero puede también no serlo. ¡Qué más me da, que sea señor del lugar quien quiera!

—Pero lo que quería decirte —prosiguió V. acercándose al viejo y poniéndole las manos sobre los hombros—, lo que quería preguntarte es que ya que tenías tanta confianza con el viejo barón, seguro que no te ocultaría las relaciones de sus hijos. ¿Te habló del matrimonio de Wolfgang, consumado contra su voluntad?

—No recuerdo nada parecido —replicó el viejo al tiempo que bostezaba maleducadamente.

—¿Tienes sueño, viejo? —le preguntó V.—. ¿Has pasado una mala noche?

—No que yo sepa —le soltó el viejo en un tono seco—. Y ahora voy a encargar la cena.

Diciendo esto se incorporó pesadamente del sillón, se restregó la joroba y volvió a bostezar aún más fuerte que la vez anterior.

—Quédate un momento más, amigo —le pidió V. cogiéndole de la mano y queriendo sentarlo otra vez.

El viejo se quedó sin embargo de pie frente al escritorio, apoyó sus manos en él y se inclinó hacia V. preguntando malhumorado:

—¿Pero qué pasa? ¿Qué se me da a mí el testamento? ¿Qué me importa la lucha por el mayorazgo?

—No vamos a hablar de eso —le interrumpió V.—, sino de otro asunto muy distinto, querido Daniel. Estás de mal humor, bostezas, todos estos signos revelan un cansancio especial y casi voy a creer que eras tú el de esta noche.

—¿Que era yo qué, esta noche? —preguntó el viejo permaneciendo en la misma posición.

—Ayer, a eso de la medianoche, estaba trabajando arriba, sentado en el gabinete del viejo señor junto a la gran sala, cuando entraste por la puerta, completamente pálido y rígido, caminaste hacia la puerta tapiada y te pusiste a arañar la pared con las dos manos, dando grandes gemidos como si sintieras una pena enorme. ¿Eres sonámbulo, Daniel?

El viejo cayó de espaldas hacia el sillón que V. colocó debajo de él rápidamente. No pronunciaba palabra. La poca luz del anochecer no permitía ver su expresión. V. pudo constatar solamente que tomaba aliento y que le castañeteaban los dientes.

—Sí —continuó V. después de un corto silencio—, verdaderamente es un caso curioso el de los sonámbulos. Al día siguiente no tienen ni la menor idea de todo lo que han hecho en ese estado especial semejante a la vigilia.

Daniel permanecía callado.

—Algo parecido —siguió hablando V.— a lo de ayer contigo ya lo viví en otra ocasión. Yo tenía un amigo que en las noches de luna llena, igual que tú, se ponía a dar paseos nocturnos. A veces se sentaba y escribía cartas. Lo más curioso era que si le hablaba muy suavemente al oído lograba enseguida entrar en conversación con él. Respondía con sentido a todas las preguntas e incluso de sus labios iban saliendo todos aquellos temas que habría silenciado cuidadosamente en estado de vigilia, como si no pudiera resistirse a la fuerza que obraba en él. ¡Qué diablos! Creo que si un sonámbulo intentara ocultar algún delito cometido se le podría interrogar en ese extraño estado. Tranquilo puede estar el que tiene la conciencia tranquila, como nosotros dos, Daniel; ya podemos ser sonámbulos que no nos podrán sonsacar ningún delito. Pero, escucha Daniel, seguro que querías ir al observatorio, a la torre, cuando te pusiste a arañar la puerta tapiada de aquella manera tan horrible, ¿no? ¿Ibas a trabajar como el viejo Roderich? Bueno, ¡te lo preguntaré la próxima vez!

Mientras hablaba V., los temblores del viejo fueron aumentando. De pronto comenzó a moverse de un lado a otro del sillón, preso de unas fuertes convulsiones, y se puso a articular sonidos agudos e ininteligibles. V. tocó la campanilla para llamar a los criados. Trajeron velas; el viejo no se apaciguaba y, como si fuera un autómata movido involuntariamente, se lo llevaron y lo acostaron en su cama. Al cabo de una hora larga que duró ese ataque incontenible cayó dormido en un sueño semejante a un profundo desvanecimiento. Cuando despertó pidió vino, y cuando se lo trajeron, despidió al criado que pretendía quedarse junto a él, velándole, y se encerró en su habitación, como de costumbre, dando vuelta a la llave. V. había decidido hacer este experimento en el mismo momento en que se lo decía a Daniel. Reconoció sin embargo que el mayordomo, advertido ahora de su sonambulismo, haría todo lo posible por eludirle. Pensó que podría extraer algo positivo a partir de sus confesiones ya que éstas, por sí mismas, no servirían de mucho, al ser pronunciadas en ese estado. Pasando por alto este inconveniente se dirigió a la sala a eso de la medianoche esperando que Daniel, como sucede en esta enfermedad, se vería forzado a actuar involuntariamente. De pronto se levantó un vocerío en el patio. V. escuchó claramente el ruido de cristales al romperse. Se apresuró a salir y bajar. Por el pasillo le vino un tufo pestilente a la cara que, como comprobó a continuación, procedía de la habitación del mayordomo. A éste lo estaban sacando de allí y lo llevaban a otra habitación sin que diera señales de vida. Cerca de la medianoche un mozo, contaron los criados, se despertó al escuchar unos extraños golpes secos, como de alguien que picara una puerta. Creyó que se trataba del viejo pidiendo algo que le faltaba y se dispuso a levantarse e ir en su ayuda. En ese momento el guarda gritó desde el patio:

—¡Fuego, fuego! ¡La habitación del señor mayordomo está ardiendo!

Al grito de alarma acudieron al momento varios criados, pero todos sus esfuerzos por echar la puerta abajo resultaron inútiles. Se apresuraron entonces hacia el patio; la habitación se encontraba en la planta baja y el decidido guarda había golpeado ya los cristales de la ventana y desgarrado las cortinas llameantes. Arrojando algunos cubos de agua logró apagar las llamas en un momento. Encontraron al mayordomo en medio de la habitación tirado sobre el suelo y completamente inconsciente. Sujetaba todavía con fuerza un candelabro cuyas velas encendidas habían hecho prender las cortinas provocando el incendio. Algunos jirones de tela en llamas habían caído sobre el viejo quemándole las cejas y chamuscando gran parte del cabello. De no haber visto el guardián el fuego, habría perecido irremisiblemente. Con no poco asombro, los criados encontraron que la puerta de la habitación aparecía provista de dos nuevos cerrojos que no estaban allí la tarde anterior. V. comprendió que el viejo había querido impedirse la salida de la habitación; no podía resistirse al ciego impulso. El viejo cayó enfermo de gravedad, no hablaba, apenas comía alguna cosa, y miraba al frente, con la mirada fija, como obsesionado por un pensamiento horrible. En sus ojos se dibujaba la muerte. V. creía que el viejo no saldría de aquélla. Todo lo que era posible hacer por su defendido lo había hecho ya y sólo tenía que esperar tranquilamente los resultados. Por esta razón quiso regresar a K. Se fijó su partida para la mañana siguiente. Estaba reuniendo los escritos que iba a llevarse consigo cuando cayó en sus manos un paquetito que el barón Hubert había sellado para él con el sobreescrito: «Para ser leído después de conocido mi testamento». Estaba a punto de quitarle el lacre, cuando se abrió la puerta y entró la figura fantasmal de Daniel caminando con suavidad. Puso sobre el escritorio una cartera negra que llevaba bajo el brazo y dando unos suspiros profundos cayó de rodillas, cogió las manos de V. fuertemente con las suyas y exclamó con una voz cavernosa y ronca como de ultratumba:

—¡No, no quiero morir en el patíbulo! ¡Ese que está preparado ahí arriba!

Luego, irguiéndose con muchos esfuerzos y jadeando angustiosamente, salió de la habitación tal como había venido.

V. pasó toda la noche leyendo el contenido de la cartera negra y del paquete de Hubert. Todo encajaba perfectamente determinando las medidas que debían tomarse a continuación. Nada más llegar a K., V. se dirigió a casa del barón Hubert von R., quien le recibió áspera y arrogantemente. La entrevista, que comenzó a mediodía y que se prolongó ininterrumpidamente hasta bien entrada la noche, tuvo un resultado singular. A la mañana siguiente, el barón declaró ante los jueces que reconocía al pretendiente que su padre había dado a conocer en el testamento como al barón Roderich von R., primogénito del matrimonio legítimo entre Wolfgang von R. y la señorita Julie von St. Val, y que por consiguiente reconocía el absoluto derecho de aquel sobre la herencia del mayorazgo. Cuando salió de la sala de audiencias, le esperaba su carruaje ante la puerta, provisto de caballos de refresco. Partió

rápidamente dejando atrás a su madre y a su hermana. Tal vez no le volverían a ver nunca más, les escribió entre otras frases enigmáticas.

No fue poco el asombro de Roderich ante el giro que tomaban las cosas. Pidió a V. que le contara cómo se había producido ese milagro y qué misterioso poder había entrado en juego. V. le dio largas diciéndole que le explicaría todo cuando hubiera tomado posesión del mayorazgo. El traspaso del mayorazgo no pudo tener lugar porque el tribunal, no satisfecho con la declaración de Hubert, exigía además la completa legitimación de Roderich. V. ofreció al barón que se alojara en R. y añadió que dado que Hubert había partido precipitadamente, dejando en un estado de confusión a su madre y a su hermana, éstas preferirían una estancia tranquila en la casa solariega a la ruidosa y cara ciudad. El entusiasmo con el que Roderich acogió la idea de vivir bajo el mismo techo, al menos por un tiempo, con la baronesa y su hija, daba muestras de la profunda impresión que le había causado Seraphine, la dulce y encantadora criatura. De hecho el barón supo aprovechar su estancia en R. y en pocas semanas se había ganado el amor de Seraphine y también el consentimiento de la madre de su unión con ella. En opinión de V. las cosas se sucedían con demasiada rapidez, ya que seguía siendo dudosa la legitimación de Roderich como señor del mayorazgo de R. Unas cartas llegadas desde Curland interrumpieron la vida idílica en la mansión. Hubert no se había dejado ver por sus propiedades sino que había partido directamente hacia San Petersburgo, ingresó en el ejército y batalló contra los persas con los que Rusia estaba en guerra. Por esta razón reinaban allí el desorden y el caos, y se hacía necesario el viaje de la baronesa con su hija hacia sus propiedades. Roderich, que se consideraba ya como uno más de la familia, no vaciló en acompañar a la amada. La mansión volvió a quedar vacía al marcharse también V. de regreso a K. El estado del mayordomo fue empeorando día a día y nadie creía que fuera a reponerse de su enfermedad. Se delegaron sus funciones a un viejo montero, un fiel criado de Wolfgang, llamado Franz. Finalmente, tras una larga espera impaciente, V. recibió noticias favorables desde Suiza. El párroco que había consumado la ceremonia nupcial hacía ya mucho tiempo que había muerto. Sin embargo, se encontró una nota en el registro parroquial, de su puño y letra, en la que se declaraba que aquel que bajo el apellido de Born había contraído matrimonio con la señorita Julie von St. Val, se había identificado ante él realmente como el barón Wolfgang von R., primogénito del barón Roderich von R. Además, fueron proporcionadas también las declaraciones de dos testigos presenciales de la ceremonia, un comerciante de Ginebra y un viejo capitán francés retirado en Lyon, a quienes Wolfgang había desvelado también su identidad. Sus declaraciones juradas reforzaron la anotación del párroco en el registro. Con todos los trámites y documentos en regla, V. adujo ahora la prueba concluyente de los derechos de su defendido. No había nada que se interpusiera al traspaso del mayorazgo, que tendría lugar en otoño. Hubert había caído en la primera batalla en la que tomó parte. Le había correspondido el mismo destino que a su hermano menor, quien, un año antes de la muerte de su padre, había

caído igualmente en el campo de batalla. De este modo, los bienes en Curland fueron a parar a la baronesa Seraphine von R., componiendo así una buena dote para el todo dichoso Roderich.

A comienzos de noviembre llegaron a R. la baronesa, Roderich y su prometida. Tuvo lugar la cesión del mayorazgo, y se celebró entonces la boda de Roderich y Seraphine. Una semana duró el delirio de la fiesta hasta que por fin los invitados, ahítos, fueron despidiéndose poco a poco para gran satisfacción de V. que no quería marcharse de la mansión sin poner al barón al corriente de todos los detalles de su nueva propiedad. Con la más estricta exactitud, el tío de Roderich había llevado la contabilidad de los ingresos y gastos, de tal manera que Roderich, que hasta la fecha sólo recibía una pequeña suma anual para su sustento, vio incrementar significativamente su saldo con los ingresos detallados en el testamento del viejo barón. Hubert sólo había utilizado los ingresos del mayorazgo para su provecho los primeros tres años. Con ellos emprendió el pago de sus deudas, mientras aseguraba la parte de los bienes que le correspondían en Curland.

Desde la época en que Daniel apareció como sonámbulo, V. había elegido el dormitorio del viejo Roderich para poder espiar lo que luego Daniel le revelaría voluntariamente. Posteriormente pasó a ser uno de sus aposentos. Este cuarto y la gran sala contigua se convirtieron en el lugar de trabajo del barón cuando se reunía con V. Allí estaban sentados los dos a una gran mesa, junto a las llamas claras del fuego de la chimenea. V. con la pluma en la mano anotando las sumas y haciendo el cálculo de las riquezas del señor del mayorazgo, éste con un codo apoyado sobre la mesa echando rápidas miradas a los libros de contabilidad abiertos, a los documentos de peso. Ninguno de los dos percibía el ronco bramido del mar, el chillar de las gaviotas anunciando el mal tiempo, batiendo con sus alas los cristales de las ventanas; ninguno de los dos prestaba atención a la tormenta desatada con la medianoche que hacía rugir furiosamente la mansión, despertando las voces agoreras que habitan las chimeneas y los estrechos pasillos, entremezclando sus sibilantes alaridos. Finalmente, cuando una ráfaga de viento hizo resonar el edificio entero iluminándose de repente toda la sala con la tétrica luz de la luna llena, V. exclamó:

—¡Mal tiempo!

El barón, completamente inmerso en la contemplación de las riquezas que le correspondían, replicó con una sonrisa de satisfacción mientras pasaba una página del libro de ingresos:

—Sí, muy tormentoso.

Se levantó de pronto, tocado por la mano helada del terror, cuando se abrió de golpe la puerta y se hizo visible una pálida figura fantasmal caminando con la muerte marcada en el rostro. Era Daniel, a quien nadie creía capaz de moverse y que yacía enfermo y desvanecido en su lecho. Preso de nuevo del sonambulismo comenzaba su peregrinación nocturna. El barón se le quedó mirando atónito. Sin embargo, cuando aquél comenzó a arañar la pared dando unos terribles suspiros de pena, le sobrevino

al barón un pánico profundo. Pálido como la muerte, con los cabellos de punta, reaccionó y se fue hacia el viejo con un talante amenazador, gritándole con una voz potente que resonó en toda la sala:

—¡Daniel, Daniel! ¿Qué haces aquí a estas horas?

El viejo exhaló entonces aquel gemido terrible, semejante al alarido de una bestia herida de muerte, como el día aquel que Wolfgang le ofreció oro por su fidelidad, y se desplomó al suelo. V. llamó a los criados.

Alzaron al viejo, pero fueron vanos todos los intentos por reanimarle. Entonces exclamó el barón completamente fuera de sí:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿No he oído acaso que se puede matar en el acto a los sonámbulos si se les llama por su nombre? ¡Yo! ¡Infeliz de mí! ¡Yo he matado a este pobre anciano! ¡No volveré a tener una sola hora de paz el resto de mi vida!

V., cuando los criados se llevaron el cadáver y dejaron vacía la sala, cogió de una mano al barón que seguía acusándose a sí mismo, le condujo entre un profundo silencio ante la puerta tapiada y le dijo:

—¡Este que ha caído aquí a sus pies, muerto, fue el maldito asesino de su padre!

El barón se quedó mirando a V. como si estuviera viendo visiones del infierno. V. continuó:

—Ha llegado ya la hora de desvelarle a usted el terrible secreto que pesaba sobre este maldito monstruo y que le traía aquí por las noches. Los poderes eternos han permitido la venganza del hijo sobre el asesino del padre. ¡Las palabras que retumbaron en los oídos del terrible sonámbulo fueron las últimas que pronunció su desdichado padre!

Temblando, incapaz de pronunciar una palabra, el barón se sentó también ante la chimenea, junto a V. Éste comenzó a explicarle el contenido del escrito que Hubert le había dejado y que debía haber abierto tras la lectura del testamento. Hubert se lamentaba con expresiones del más profundo arrepentimiento por ese odio irreconciliable hacia el hermano, que se enraizó en él desde el mismo momento en que el viejo Roderich fundó el mayorazgo. Estaba completamente desarmado, pues aunque hubiera logrado con malicia enemistar al padre con el hijo, no habría servido de nada pues ni el mismo Roderich tenía poderes para despojar de sus derechos de primogénito al mayor de sus hijos, cosa que tampoco habría hecho por principios, por mucho que le sedujeran a ello su razón y su corazón. Sólo cuando comenzaron las relaciones amorosas de Wolfgang con Julie von St. Val en Ginebra, Hubert creyó poder arruinar a su hermano. Comenzó entonces a entenderse con Daniel y planear pérfidos proyectos, con los que pretendía obligar al viejo a tomar aquellas decisiones que habrían de desesperar al hijo.

Sabía que únicamente el enlace matrimonial con una de las familias de mayor linaje del país podía dar una gloria eterna al mayorazgo, tal como lo había concebido el viejo Roderich. Éste había leído esa unión en las estrellas y cualquier perverso intento de destruir esta constelación sólo podía traer consigo la ruina de la institución.

De esta manera, la unión de Wolfgang con Julie le parecía al viejo un atentado criminal dirigido contra la sentencia de los poderes que le había sido revelada. Ese atentado justificaba todo intento de acabar con Julie, que se había interpuesto en su camino como un principio demoníaco. Hubert conocía la pasión de Wolfgang por Julie rayana en la locura; su pérdida le haría muy desgraciado, quizás hasta podría acabar con su vida. Pasó a ser un activo cómplice en los planes de su padre cuando empezó a sentir una inclinación reprensible por Julie a quien esperaba ganar para sí. Pero quiso la providencia divina que fracasaran los dardos envenenados lanzados contra la firme decisión de Wolfgang. Éste, incluso logró engañar al hermano. Hubert permaneció ignorante del matrimonio de Wolfgang así como del nacimiento del hijo. Con la premonición de la cercana muerte también le llegó al viejo Roderich el presentimiento de que Wolfgang se había casado con Julie, su enemiga; en la carta en que ordenaba al hijo llegar en un determinado día al mayorazgo, le maldecía si no rompía esa unión. Ésta fue la carta que Wolfgang quemó junto al cadáver del padre.

El viejo escribió a Hubert que Wolfgang se había casado con Julie, pero que él destruiría esa unión. Hubert pensó que se trataba de una más de las ensoñaciones de su padre, pero se asustó no poco cuando el mismo Wolfgang no sólo se lo explicó con toda franqueza confirmando los presentimientos del viejo, sino que añadió que Julie le había dado un hijo, y que en breve viajaría a Ginebra a darle la buena noticia de que aquel comerciante llamado Born, nacido en M., por quien le había tenido todo este tiempo, era en realidad el señor de unas ricas propiedades. Pretendía traerla a vivir a la mansión. Pero antes de poder llevar a cabo su propósito le sorprendió la muerte. Hubert silenció cuidadosamente la existencia de ese hijo nacido del matrimonio con Julie, y le arrebató el mayorazgo que correspondía a aquél. Sin embargo, habían pasado unos pocos años cuando se apoderó de él un profundo arrepentimiento. El destino le hacía recordar su culpa, de manera terrible, en el odio que iba germinando entre sus dos hijos varones.

—¡Tú, desgraciado! —le dijo un día el mayor, un crío de doce años, al más pequeño—, cuando el padre muera seré yo el señor del mayorazgo y tú vendrás humildemente a besarme la mano para que te dé dinero para tu traje nuevo.

El más pequeño, lleno de rabia por la arrogancia burlona del hermano le tiró el cuchillo que llevaba en la mano, hiriéndole gravemente. Hubert, temiendo desgracias mayores, envió al pequeño a San Petersburgo donde, como oficial a las órdenes de Suvórov[16], combatió contra los franceses, cayendo en una de las batallas. La vergüenza y la deshonra que le amenazaban le impidieron también hacer público ante todo el mundo su fraude. Sin embargo, no quiso sustraerle al auténtico propietario ni un céntimo más. Mandó hacer averiguaciones en Ginebra y se enteró de que la señora Born, desconsolada por la inexplicable desaparición de su marido, había muerto, pero que el joven Roderich Born estaba siendo educado por un hombre honrado que le había adoptado. Hubert se dio a conocer bajo otro nombre, como pariente del comerciante Born, fallecido en el mar, y comenzó a enviarle sumas de dinero que

alcanzaban para educar honradamente al joven señor del mayorazgo. La manera como fue reuniendo cuidadosamente los ingresos del mayorazgo, así como sus disposiciones testamentarias, son ya conocidas. Sobre la muerte de su hermano, Hubert se expresaba con sentencias muy enigmáticas, que tan sólo dejaban entrever que se habían producido ciertas circunstancias y que Hubert había sido parte directamente implicada en un acto terrible. El contenido de la cartera negra arrojó más luz sobre este suceso. De la correspondencia entre Hubert y Daniel tramando su traición, sobresalía una hoja, escrita y firmada por Daniel. V. leyó una confesión que hizo que se estremeciera en lo más profundo de su ser. A requerimiento de Daniel, Hubert se dirigió a R. Daniel fue quien le habló de los ciento cincuenta mil táleros imperiales encontrados. Ya conocemos cómo le recibió su hermano, cómo sin hallar satisfacción a sus deseos y esperanzas quiso partir nuevamente de regreso y cómo V. le retuvo. En el interior de Daniel se iba fraguando una venganza sangrienta contra el joven señor que había querido echarle de casa como a un perro sarnoso. Él alimentaba el fuego en el que iba consumiéndose el desesperado Hubert. En el pinar, cazando al lobo, entre los copos densos de una tormenta de nieve, se pusieron de acuerdo sobre la perdición de Wolfgang.

—¡Tenemos que quitárnoslo de en medio! —murmuraba Hubert mientras miraba a un lado apuntando con la escopeta.

—¡Sí, sí! ¡Fuera con él! —rió Daniel mostrando los dientes—, pero así no, así no.

Éste se fue envalentonando y aseguró que se atrevía a matar al barón, y que nadie le echaría de menos. Hubert, cuando recibió por fin dinero, se lamentó de querer la muerte del hermano y quiso marcharse para resistir cualquier otra tentación. El mismo Daniel ensilló su caballo por la noche y lo sacó del establo. Pero en el momento en que el barón se disponía a montar, le dijo Daniel con voz afilada:

—¡Yo pensaba, barón Hubert, que te quedarías en el mayorazgo que te pertenece, porque el orgulloso señor del mayorazgo yace destrozado en la tumba de la torre!

Daniel había observado que, atormentado por la fiebre del oro, Wolfgang se levantaba a menudo por las noches, se llegaba hasta la puerta que conducía en otro tiempo a la atalaya, la abría y se quedaba mirando abajo con miradas codiciosas de la fortuna enorme que Daniel había asegurado que se escondía allí. Aquella noche funesta, Daniel se encontraba fuera, en la entrada del salón. En cuanto escuchó al barón abrir la puerta que conducía a la atalaya, entró y siguió a su señor. Éste se detuvo a un paso del abismo. Al darse cuenta de la presencia del criado, a quien le brillaba ya el crimen en los ojos, se giró y exclamó aterrado:

—¡Daniel, Daniel! ¿Qué haces aquí a estas horas?

Entonces Daniel soltó un grito desgarrador:

—¡Abajo contigo, perro sarnoso!

Y arrojó al infeliz abajo de una fuerte patada.

Completamente conmovido por el terrible crimen, el barón no encontraba sosiego en la mansión donde su padre había sido asesinado. Regresó a sus propiedades en

Curland. Sólo aparecía por R. una vez al año, en otoño. Franz, el viejo Franz, afirmaba que Daniel, cuyo crimen censuraba, se aparecía a menudo las noches de luna llena en forma de espíritu y describió al espectro tal como V. lo conocería posteriormente, exorcizándolo. El descubrimiento de estas circunstancias deshonrosas para la memoria del padre, empujaron al joven barón Hubert a apartarse del mundo conocido.

De esta manera acabó mi tío abuelo su relato. Me cogió entonces la mano y me dijo con una voz muy suave y con los ojos anegados en lágrimas:

—¡Tocayo, tocayo! También a ella, a la encantadora mujer, la ha sorprendido el poder horrible y maligno que habita en la casa solariega. Dos días después de marcharnos de R., el barón organizó como despedida un paseo en trineo. Él mismo conduce a su esposa. Pero justamente en el momento en que comienzan a bajar al valle, los caballos se desbocan incomprensiblemente y comienzan a resoplar y a bramar. «El viejo, el viejo nos persigue», grita la baronesa con una voz penetrante. Y al instante sale despedida hacia fuera por el golpe que hace volcar el trineo. ¡La encontraron sin vida, muerta! ¡El barón no tiene ya ningún consuelo! ¡Su calma es la de un moribundo! ¡No volveremos jamás a R., tocayo!

El viejo se quedó en silencio. Yo me separé con el corazón destrozado, y ya sólo el tiempo que todo lo cura podría aliviar la profunda pena en la que creí morir.

Habían pasado los años. V. descansaba ya en paz en su tumba. Yo había abandonado mi país. La tormenta de guerra que soplaba desoladora sobre toda Alemania me empujó al Norte, hacia San Petersburgo. En el viaje de regreso, ya no muy lejos de K., recorría en una noche oscura de verano las orillas del mar Báltico, cuando divisé una gran estrella reluciente en el cielo. Un poco más cerca pude percibir una gran llama roja y me di cuenta de que aquello que había tomado por una estrella debía ser en realidad una gran hoguera, sin comprender cómo sus llamas podían ascender tan alto.

—¡Cochero!, ¿qué es ese fuego de allí enfrente? —pregunté al postillón.

—¡Ah! —replicó éste—, eso no es un fuego, es el faro de R.

¡R.! Nada más escuchar este nombre me vinieron completamente vivos los recuerdos de aquellos funestos días de otoño que viví allí. Veía al barón, a Seraphine, pero también a las viejas y misteriosas tías, y a mí mismo con la cara muy pálida, bien peinado y empolvado, vestido en un tenue azul celeste. Sí, a mí, al enamorado, suspirando como un horno[17], componiendo lastimeras baladas, dedicadas a las cejas de su amada. Emocionado por la profunda nostalgia, rememoré las pesadas bromas de V. Pero ahora me parecían más divertidas que entonces. Movido por una mezcla de dolor y de misterioso deseo, bajé del carruaje que paró ante el puesto de Correos. Era muy de mañana. Reconocí la casa del inspector y pregunté por él.

—Con su permiso —dijo el empleado quitándose la pipa de la boca y colocándose bien el gorro de dormir—, con su permiso, aquí no vive ningún inspector, esto es un despacho real y el señor delegado duerme todavía.

Seguí preguntando y me enteré de que hacía dieciséis años que había muerto, sin descendencia, el barón Roderich von R., último propietario del mayorazgo. Éste fue a parar a manos del Estado conforme a lo especificado en los documentos de la institución. Subí a la mansión. Estaba completamente derrumbada, en ruinas. Gran parte de las piedras se habían utilizado para la construcción del faro. Así me lo aseguró un viejo campesino que se acercó a mí saliendo del pinar. Hasta él conocía la historia del espíritu que debió habitar la mansión, y aseguró que, aún hoy en día, las noches de luna llena sobre todo, podían oírse horribles lamentos entre las piedras.

¡Pobre viejo Roderich! ¡Qué corta fue tu visión! ¿Qué poder maligno conjuraste que envenenó de muerte ya el primer brote de ese árbol de tu linaje que con sólidas raíces pensaste plantar para la eternidad?

E.T.A. Hoffman (Königsberg, 1776 - Berlín, 1822). Escritor y compositor alemán. Hijo de un abogado, su tercer nombre era originalmente Wilhelm, pero más tarde adoptó el de Amadeus en honor a Mozart.

Estudió derecho en Königsberg. Vivió en Varsovia, donde creó una orquesta y se dedicó a componer.

En 1814 aceptó el cargo de Consejero de Justicia del Tribunal de Berlín, sin que por ello se resintiera su ingente producción literaria de aquellos años.

Su fama se debe más a su obra como escritor que a sus composiciones. Adscrito al Romanticismo, donde más destacó su gran personalidad fue en sus cuentos fantásticos, en los que se mezclan el misterio y el horror, y que han alcanzado fama universal. En ellos crea una atmósfera en ocasiones de pesadilla alucinante y aborda temas como el desdoblamiento de la personalidad, la locura y el mundo de los sueños, que ejercieron gran influencia en escritores como Víctor Hugo, Edgar Allan Poe y el primer Dostoievski.

Notas

[1] Se podría añadir Rossiten, pueblo situado en el golfo de Königsberg. (N. del T.) <<

[2] O Curlandia, antigua región confederada del gobierno de Prusia. Actualmente territorio letón. (N. del T.) <<

[3] Autobiográfico. Un tío abuelo de Hoffmann se llamaba Christoph Ernst Voetteri, consultor jurídico, fallecido en 1795. Hoffmann le acompañó en muchos de sus viajes. (N. del T.) <<

[4] Uno de los nombres del tío abuelo de Hoffmann era Ernst, como el autor Ernst Theodor Amadeus H. (N. del T.) <<

[5] Bebida común en el norte de Alemania, que consiste en té caliente con ron y algún que otro licor. (N. del T.) <<

[6] El Visionario. Se alude al primer libro, pero la escena del banquete tiene lugar en casa del marqués de M*nte, y no en la del conde von V. La escena en el libro de Schiller está narrada por un siciliano y rememora el banquete de bodas de Lorenzo. Pasada la medianoche, aparece el espectro ensangrentado de Jerónimo, hermano mayor de Lorenzo, a quien éste había asesinado hacía muchos años. (N. del T.) <<

[7] Moda de peinado del siglo XVI y comienzos del XVII. Por lo tanto completamente desfasada en el tiempo en que se desarrolla el relato. Consistía en un peinado empenachado, en forma de torre, aderezado con abundantes joyas y otros adornos. (N. del T.) <<

[8] Comienzo de una canción religiosa de Paul Fleming (1633). También podría tratarse de una canción religiosa de Henrich Isaac (1505). (N. del T.) <<

[9] Sin ti (italiano). Comienzos y giros típicos de arias y canciones italianas. (N. del T.) <<

[10] Expresiones italianas: «Escúchame, ídolo mío». «Al menos si no puedo». «Siento cerca la muerte». «Adiós». «¡Oh, Dios!» (N. del T.) <<

[11] La figura de un gascón, fanfarrón, personaje popular en la época. (N. del T.) <<

[12] Podría tratarse de Königsberg (la actual Kaliningrado), ciudad natal de Hoffmann. (N. del T.) <<

[13] Agostino Steffani (1654-1728), compositor italiano y prior. (N. del T.) <<

[14] Ojos, ¿por qué lloráis? Dúo para dos voces con acompañamiento de bajo continuo de Steffani. (N. del T.) <<

[15] Monedas de oro prusianas, acuñadas en la época de Federico II (1740-1786). (N. del T.) <<

[16] Famoso general ruso que en 1799 expulsó a las tropas francesas del norte de Italia. (N. del T.) <<

[17] «… al enamorado, suspirando como un horno…» Cita de la comedia de Shakespeare, Como gustéis. Acto II, escena 7. Era una de las citas favoritas de Hoffmann. (N. del T.) <<